

GLORIAS DE ESPAÑA.



El embajador Leiva presenta al pontífice el pendon de Alfonso XI.

LA BATALLA DEL SALADO.

1.

Una gran calamidad amenazaba á la España á fines de otoño de 1340. Varias veces se habia visto invadida la pe-
25 de Diciembre de 1853.

ínsula por numerosas huestes africanas que acudian siempre al socorro de sus correligionarios, cada vez mas humillados por los reyes de Leon y de Castilla; pero nunca se habia visto un ejército tan formidable de africanos como el que hacia cinco meses estaba pasando el estrecho, malograda infelizmente la tentativa que la flotilla española hizo para impedirselo.

Tomo XI. 34

Desde la derrota y muerte de Abdelmelik, su inconso-
lable padre Albo-Hacen, rey de Marruecos, ni había tenido
mas pensamiento, ni se había ocupado con afán de otra co-
sa, mas que de la necesidad de vengarle. El gozo con que
los cristianos habían celebrado su victoria y la honra que
este triunfo les había proporcionado, aumentaban mas y
mas el despecho y el sentimiento de Albo-Hacen, que á im-
pulsos de su cólera, puso en movimiento toda el Africa y le-
vantó un ejército formidable que historiadores dignos de
crédito están unánimes en afirmar constaba de cuatro-
cientos mil infantes y setenta mil ginetes. Nunca se había
visto tanta muchedumbre enemiga en España.

Cuando este asombroso ejército mandado por el mismo
Albo-Hacen, cuando esta desastrosa plaga se derramó por
los campos de Andalucía hasta Tarifa, el terror cundió por
toda la España, pues fácil era colegir que el designio de los
bárbaros era el de vengarse llevándolo todo á sangre y
fuego y no el prestar un auxilio momentáneo y parcial á
cualquiera de los reyezuelos moros de la península, á pe-
sar de que el de Granada se coligó desde luego con los in-
vasores.

Los súbditos del rey de Castilla no estaban en tanto, ni
ociosos ni desprevenidos. Al menor asomo del peligro, ya se
pusieron sobre las armas los caballeros mas valientes y los
aventureros mas famosos, siendo muchos los que volunta-
riamente se prestaban para servir en esta guerra. Reinaba
entonces en Castilla el rey don Alfonso el Onceno, aquel
que, apaciguadas ya y reprimidas las contiendas civiles que
tanto le dieron que hacer en los primeros años de su
reinado, empezaba á hacerse temible á los enemigos es-
teriores, y este monarca conociendo la urgencia del peligro
y la necesidad que había de sacar prontamente á los de Ta-
rifa del aprieto en que estaban, partió á Andalucía y con-
vocó en Sevilla una junta de los magnates del reino, de los
prelados, de los maestros de las órdenes militares y de mu-
chos caballeros de distinción, para acordar lo que debería
hacerse en tal conflicto. El voto de todos fué por la guerra
á pesar de que hecho el recuento de las fuerzas disponibles
solo se hallaron veinte y cinco mil infantes y catorce mil
caballos, número que parecería insignificante para contra-
restar tanta avenida de bárbaros, si los españoles estuvie-
ran acostumbrados á contar sus enemigos.

El papa concedió á manos llenas todas las gracias de
la cruzada á los que tomasen parte en esta guerra y lleva-
sen la cruz roja, y el rey de Portugal fué uno de los prime-
ros que con mil ginetes de lo mejor de su reino, llegó á Se-
villa de refuerzo. Los maestros de Calatrava y Alcántara
aprestaron sus formidables huestes, y todo el ejército, en
fin, caminó la vuelta de Andalucía, cuyos fértiles y deleito-
sos campos estaban inundados por los interminables escua-
drones berberiscos. Albo-Hacen movió su campo sabiendo
la llegada de los cristianos y, dejando á la espalda á Tarifa,
les salió al encuentro á orillas del rio Salado, que fué desde
aquel momento el límite de ambos campos. Asombrados
quedaron los cristianos á vista de aquella heterogénea y
confusa muchedumbre, en la que todo el islamismo tenía
impuros representantes: había allí, además de los tipos
árabes originarios del Asia y de los moros españoles de
aguileño rostro, los cetrinos habitantes de las costas del
Africa, los atezados etíopes y los indomables beduinos del
interior, gente toda temeraria y cruel en demasía.

El rey de Castilla, aprovechando el movimiento de los
enemigos que casi habían desamparado á Tarifa, reunió
cinco mil hombres escogidos y les confió la arriesgada em-
presa de que, aprovechando la oscuridad de la noche, se in-
trodujeran en la plaza para reforzar su cansada guarnición
y de que avisasen su llegada enarbolando cierta bandera
en lo alto de las murallas.

—¡A Tarifa! ¡A Tarifa! fué la contestación de aquellos va-
lientes entusiasmados con las palabras de su rey, y sin pa-
rarse á considerar el peligro que les amenazaba. La empre-
sa, sin embargo, tuvo un éxito casi milagroso, y á los ojos
de los descubridores del campo cristiano apareció el pen-
don de Castilla que sobre una alta torre de Tarifa se agita-
ba mecido por el viento. Esta noticia se difundió al instan-
te por todo el ejército de don Alfonso que mandó sin tar-
danza aprestarse á la batalla.

II.

Amaneció el memorable día lunes 30 de octubre de 1340,
día en que se iba á decidir la suerte de la península entera
y si en ella había de quedar triunfante la media luna ó el es-
tandarte de la cruz. Ya antes que los pajarillos saludasen á
el alba con sus gorgeos matinales, se percibía el sordo rumor
de ambos ejércitos puestos en movimiento. Los musulma-
nes ocupaban toda la orilla del rio y la vega hasta los mon-
tecillos inmediatos, que coronaban también con algazara é
insultante ademán, mientras que los soldados del rey don
Alfonso á la orilla opuesta, iban ocupando sus posiciones si-
lenciosos é imponentes, como quienes habían pasado la no-
che en prepararse á morir mas que á vencer. Iban á la van-
guardia don Juan de Lara, don Juan Manuel y el maestre de
Santiago: formaban el cuerpo del ejército el rey de Casti-
lla y el de Portugal, cuyos ginetes iban flanqueados por las
órdenes de Calatrava y Alcántara, y también iba en el cen-
tro el animoso arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz,
viéndose tremolar al lado del guion arzobispal, el pendon
de la cruzada, confiado por honor á un caballero francés
llamado Hugo. La retaguardia iba mandada por don Gon-
zalo de Aguilar, quedando, como es costumbre, un escogi-
do cuerpo de reserva para acudir donde fuese necesario á
las órdenes de don Pedro Nuñez.

El pequeño rio que corría por entre ambos ejércitos era
la base de las operaciones, y del primero que le pasase era
indudablemente la victoria; pero cuando los cristianos, lan-
zado su grito de guerra, se arrojaron al combate, fueron
una y otra vez rechazados en medio de un diluvio de sae-
tas, dardos y piedras. La turbada corriente del rio arras-
traba los cadáveres ensangrentados, y también desde los
parapetos de la orilla caían los moros al agua sin soltar sus
aceros damasquinos, ocupándose por el enemigo que detrás
estaba, el hueco que dejaban en las filas, formando siem-
pre una valla impenetrable. Don Juan de Lara, á caballo en
medio del rio y cubierto con su escudo en que menudeaban
las flechas, animaba á los suyos con el ejemplo y las pala-
bras, en tanto que dos caballeros, dos hermanos, Gonzalo
y García Laso, haciendo un esfuerzo desesperado consiguen
saltar á la orilla opuesta y caer en medio de los enemigos
que los rodean por todas partes. Perdidos eran sin remedio
sin la pronta llegada de don Alvar Perez de Guzman, y en pos
de él los principales cuerpos del ejército de Castilla, que por

aquí y por allí iban franqueándose el paso y salvando siempre el parapeto de la orilla del río en el que el ataque y la defensa eran mas encarnizados. Los reyes de Castilla y de Portugal llegan tambien cada uno por su lado y una vez á la orilla opuesta y reorganizadas sus huestes, entonces se puede decir que empieza la verdadera y sangrienta batalla, entre treinta y nueve mil hombres contra cuatrocientos setenta mil, entre un puñado de valientes contra todas las fuerzas musulmanas de España y Africa.

El choque es horroroso, y el golpear de las armas, el silbido de las flechas, los gritos de los vencedores y lamentos de los heridos se confunden con el ruido de las trompetas y de los atabales moriscos. Los árabes lanzan sus fogosos caballos, los encabitan y rompen las filas castellanas, y los guerreros de don Alfonso, cubiertos de hierro de pies á cabeza, hacen un horrendo estrago cuando abren brecha y penetran en los pelotones inmensos de enemigos vestidos á la ligera. Ya la refriega es general y confusamente mezclados ambos ejércitos, en todas partes se combate cuerpo á cuerpo: el día iba declinando y era preciso decidir la accion. El rey de Castilla, viendo indecisa la victoria, quiere lanzarse en el mayor peligro, y el arzobispo trata de impedirselo; pero al fin don Alfonso se adelanta y con su voz y sus ademanes anima á los suyos, indicándoles con la mano el camino de la victoria: Los de Tarifa hacen una salida y sorprendiendo al enemigo por la espalda, introducen el desórden y el espanto en su campo. Los mejores generales de Albo-Hacen y dos hijos suyos mueren peleando, quedando prisionero otro llamado Abomar. Es entrado á saco el real de los moros, donde están las tiendas de Albo-Hacen, quedando en poder de los cristianos sus esclavas y mugeres, entre ellas Fatima, hija del rey de Tunez. Yacen por el suelo empapados de sangre los mas ricos despojos, los vestidos recamados de oro, los blancos turbantes, los cinturones de seda, los puñales, los alfanges damasquinados, los sables de incrustado mango, escudos, arneses, cofres llenos de objetos preciosos, marlotas amarillas y plateadas medias lunas. La victoria se declara por los cristianos y la derrota de los infieles comienza. Aquel torrente de fugitivos, poseidos de terror pánico se derrama por toda la campiña, y muchos van á precipitarse en el río. Los caballos desbocados y sin ginete arrollan todo cuanto se opone á su paso y á todo esto las huestes vencedoras siempre á la carga, siempre incansables, vienen aumentando la carnicería. El rey de Granada huye á Marbella, y Albo-Hacen, desesperado, huye sin parar hasta el Africa, donde llega en aquella misma noche, temeroso de que su hijo seale con el reino al saber su oprobio y su vencimiento.

La batalla está ganada: el magnánimo Alfonso es dueño del campo, el estandarte de la media luna ha caído hecho pedazos, y jamás sus impuros defensores volverán tan arrogantes, ni en tanto número á infestar el suelo de la península.

III.

Correspondientes fueron los resultados de tan gloriosa batalla á la importancia que tuvo en el porvenir de la España.

No quedó en ella uno solo de los feroces invasores que pasaron pronto el estrecho, no creyéndose seguros ni aun en el Africa, donde por muchos años quedó memoria dolorosa de esta catástrofe. El ejército vencedor, despues de aprovechar su triunfo tomando á Algeciras, Alcalá la Real, Teba y otras importantes plazas, volvió á descansar de sus fatigas, tan rico con las presas de la victoria, que es fama se bajó en España el valor de la moneda: tal fué la riqueza de oro y plata que los infieles dejaron abandonada.

Podian ya los monarcas españoles proseguir con mas celo y confianza sus gloriosas empresas, dejando á el Africa aterrada y tan humillado y receloso el rey de Granada, que se prestaba ya á pagar el tributo que por tantos años habia rehusado. El gozo era general en toda España y harto lo revelaban las funciones con que el pueblo celebraba la victoria. El rey don Alfonso volvió á Sevilla, donde hizo una entrada triunfal: los caballeros extranjeros que habian asistido al rey en la batalla, se volvieron á sus reinos satisfechos y bien pagados con la parte que les cupo en el botin y el rey de Portugal se volvió tambien á su reino con grande séquito de esclavos y despojos.

Como brillante muestra de tan esclarecida victoria y como alarde de la generosidad española despachó el rey á su embajador don Juan Martinez de Leiva, á la ciudad de Avignon, donde entonces tenia establecida la silla pontificia el papa Benedicto XII, con un magnifico presente compuesto de cien caballos enjaezados, con cien alfanges y cien adargas pendientes de los arzones de las sillas. Veinte y cuatro banderas cogidas á los infieles sobre el campo de batalla y ademas, como señalada prueba de respeto y deferencia del rey don Alfonso, el pendon real y el mismo caballo con que el rey habia entrado en batalla.

Los cardenales con todo su séquito salieron á recibir al embajador y su vistosa comitiva, le condujeron en triunfo al templo, donde celebrada la misa de accion de gracias por el mismo pontífice, pasó á recibir en audiencia solemne al embajador Leiva, que en nombre de su soberano, rindió á los pies del pontífice las banderas y demas trofeos de la victoria y depositó en sus sagradas manos el victorioso pendon de Alfonso el Onceno de Castilla, de quien y de los españoles que le obedecian, profirió mil elogios el santo padre, delante de toda la corte, y tan poseido de religioso celo como de santa alegría.

Esta victoria *del Salado* que tuvo eco en toda la cristiandad, y que con mayores proporciones se presenta á medida que los años pasan sobre ella, es la que la santa iglesia de Toledo celebra con fiesta anual, como uno de esos aniversarios gloriosos tan frecuentes en la historia nacional y tan grato para cuantos abriguen en su pecho un corazón español; una de esas épocas inolvidables en que los españoles lanzando un grito unánime de guerra, han rechazado con escarmiento, á las huestes odiosas y extranjeras que han atentado á la independencia y han ultrajado la dignidad de su patria.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

EL ÚLTIMO RECUERDO.

HISTORIA DE UNA DALIA.



Mejicana vendedora de dalias.

I.

UN PASEANTE INDISCRETO.

—Si, señoras, la dalia procede de Méjico, que al dárnos-

la el siglo último, la encaminaba á nuestro estómago mas

bien que á nuestros ojos. Con efecto, los mejicanos la aprecian como alimento y no como flor; cuecen sus tubérculos en la fogata á guisa de patata, generalmente debajo de la ceniza, y saborean deliciosamente su amargor aromático. La cocion las quita una octava parte de su volúmen, segre-

gando la cubierta ó cáscara, y comunicando á la pulpa un sabor mucoso-azucarado. Los descendientes de Pizarro comen tambien las raices de la dalia, cortadas en forma de rodajas y untadas con manteca ó sumergidas en salsa blanca. Es para ellos el equivalente del salsifi y del espárrago; en ensalada es la rival de la chicoria, llamada *barba de capuchino*, y en...

los pavos, á las gallinas, al asno, al caballo, al carnero, al buey y á la vaca, que adoran la raiz en cuestion, especialmente cuando está cocida al vapor. Se clama en España contra la dalia comestible, porque los primeros cocineros que la sirvieron cometieron la torpeza de no quitarla una parte de sus jugos vegetales. La hicieron cocer demasiado fresca, y por consiguiente la encontraron detestable. Sin



Angela, Luisa, Mortinon; entrada de Leon.

—Basta de cocina, caballero Mortinon; es vd. demasiado material. Pase vd., si le place, de la raiz á la flor, porque no tenemos la intencion de cenar con nuestras dalias.

—Están vds. en un error, amigas mías, porque vale la pena hacer un ensayo sobre el particular. Pregunten vds. á

esto, tendríamos planteles de dalias como los tenemos de nabos y de zanahorias...

—Sin embargo, estoy mejor por las arboledas en nuestros jardines. Suplico á vd. de nuevo, señor Mortinon, que nos saque la dalia de la marmita y haga vd. como yo.

pintela vd. en busto en lugar de describirla en raíces.

—Magnífico, soberbio! Tiene vd. mas talento que un diablo... Volvamos á Méjico. Será preciso decir á vds. que las ramilleteras de este pais, que venden las dalias, son simplemente fruterías; desechan ó dan la flor y no hacen pagar mas que el tubérculo; son tan coquetas como nuestras ramilleteras mas elegantes: aparecen con su mantilla á la andaluza, el cigarro de papel en la mano, la sonrisa en los labios, la mirada maligna, y cruzadas las piernas delante de su mercancía, de suerte que puedan enseñar su pie pequeño á los transeúntes. Se asegura que el primer pintor botánico que pasó á estudiar las dalias de Méjico, olvidó hacer el retrato de las flores por hacer el de la vendedora. De todos modos, la dalia vino á Europa por los años de 1790, y cultivada primeramente en el jardín botánico de Madrid. Cavanillas, el célebre naturalista, describió y popularizó esta conquista. La clasificó entre las corimbíferas, imponiéndole el nombre del botánico danés Andrés Dahl, conocido en la ciencia por sus estudios sobre Lineo.

—Basta, basta, amigo Mortinon, que pasa vd. á la ciencia y de la ciencia al fastidio.

—Terminaré, citando á vds. una virtud de la dalia, que quizá no habrán observado, y es el poder vegetativo de sus tubérculos. (Perdon por la palabra, no la volveré á pronunciar). No la he visto mas que abandonada en ciertos terrenos, lanzando tallos largos de cerca de un pie, con flores de un hermoso violeta vivo y tierno; otras en macetas vegetando durante dos años consecutivos, y coronándose antes de espirar de los mas ricos colores, como el que acabo de trazar con el pincel de esta señorita.

Esta monografía de la dalia la hacia Gabriel Mortinon á Luisa Dernis y á Angela Savariz en una sala con vistas á la carretera, en un extremo de la ciudad de L***, en Flandes.

Luisa Dernis, que se la llamaba á menudo *señora* por política, era una señora mayor, de larga mano, pero siempre bella á pesar de sus cuarenta primaveras, dejando traslucir en su cabeza imperceptibles cabellos grises, hojas secas de la humanidad.

Retirada por espacio de diez años en una posesión que los habitantes del pais miraban con desden, pero que los artistas admiraban á su tránsito por su situacion y por su pintoresco jardín, la señorita Luisa gozaba una pequeña renta y una grande consideracion.

¡Ah! ¡las dalias! He aqui la última pasión de esta encantadora muger. Las habia preferido porque florecian hasta en noviembre, complacientes fieles del otoño y de la melancolía. Despues las habia adorado, porque su sobrina Angela las pintaba admirablemente. Se verá que habia un tercer motivo mas considerable todavia, pero este era el secreto íntimo, el dulce *post-cryptum* de la señora Luisa.

La sobrina de la señora Dernis, otro ídolo de su alma y la mas bella flor de su vida, Angela Savariz, único retoño de una estinguida familia, era á los diez y ocho años la perla de L***, menos por su belleza que por su encanto y sus talentos. De color moreno, de tez pálida, de mirada tierna, sonrisa habitual y cabellos formando ondas, se escapaba á las miradas vulgares y trasportaba á las gentes de gusto y de talento, como la violeta de los bosques ó la eglantina de las hayas. Cuatro grandes cuidados dividían su tiempo: rogar á Dios y socorrer á los pobres, distraer á su tia, madre

adoptiva, y á los vecinos que componian parte de su sección de *ecarté*: cultivar sus dalias por la tarde y por la mañana, y pintarlas durante el dia.

Amando demasiado á sus flores para guardarlas absolutamente, y demasiado generosa para rehusarlas, la señorita Luisa conciliaba su grande bondad de muger y su poquito de egoismo de coleccionadora, distribuyendo á sus vecinos y amigos sus mas hermosas dalias... pintadas por su sobrina. Las aldeas inmediatas estaban tapizadas de ellas, pues bastaba para tenerlas decir á Angela en la ventana donde ella trabajaba:

—Señorita, cuento con un *eldorado*, con un *gracilis* ó con un *rival-topaze*, etc.

Eran precisamente las dalias preferidas, que esta señorita no daba mas que pintadas.

Habia una, una sola, de la cual no concedia ni aun la imagen, no solamente porque era la mas bonita y la mas rara, sino porque le recordaba un misterio de su juventud, toda la poesia de su vida oscura, el *post-cryptum* que leeremos despues.

Sin buscar la razon de ello, con el instinto de un corazón de muger, Angela dividia el culto de su tia con el *último recuerdo*. (Tal era el nombre de la famosa dalia). Y esta flor de un blanco amarillento, de una forma admirable, poblaba hasta cierto punto la casa; tanto la habia multiplicado el pincel de la jóven.

El dia en que comienza esta historia, pintaba todavia el *último recuerdo*, mientras que la señorita Luisa hacia calceta á su izquierda, y en tanto que el señor de Mortinon arreglaba y combinaba sus colores.

Gabriel Mortinon, arrendatario, de edad de treinta y seis años, era el amigo de la casa Dernis, amigo sin consecuencia, en vista de su fisico invariable, su candidez proverbial, su discrecion platónica y su aspecto provinciano.

Poseido de la manía de hacer buenos servicios, se habia introducido en casa de estas señoras llevándolas un medio de destruir las orugas que roían sus dalias, y habiendo tenido el mejor éxito, Gabriel habia tomado parte en el ajedrez de la tia y en la paleta de la sobrina.

Hablaban juntos de la flor de Méjico, cuyos tubérculos coleccionaba Mortinon, divirtiéndole hacerlos vegetar en su gabinete.

Ya hacia dos años que preparaba los colores de Angela y le recitaba la historia natural de la dalia, diciendo para sí:

«La señorita de Savariz concluirá por distinguirme, y su preciosa mano será la recompensa de mis servicios.» Cuando un jóven rival se interpuso y le parecia que triunfaria á espensas suyas:

—Estos entes pasan como los mariposas, pensaba sin desconcertarse... Tengo sobre ellos la ventaja de la paciencia y llegará mi vez.

Y esperando caian sus cabellos; pero su discrecion le mantenía en su puesto...

Ahora bien, este dia, cuando terminaba la explicacion que se acaba de leer, delante del balcon abierto, bajo la influencia de un tibio rayo de otoño, se detuvo una diligencia enfrente de la pequeña casa Dernis. Sobre la imperial de esta diligencia habia un jóven, cuya posicion le puso un instante frente á frente de Angela y su obra...

A la vista de la una y de la otra lanzó una exclamacion de sorpresa: quedó un minuto como en éxtasis, con

la mirada fija en la joven y en la flor que pintaba. Despues, echando pie á tierra á toda prisa, interrogó vivamente al postillon que enganchaba.

—¡Al coche! gritó el conductor.

Pero en lugar de obedecerle, el joven replicó:

—Yo me quedo aqui; baje vd. mi maleta.

—¡Como! exclamó el conductor estupefacto; nos quedan todavía cien leguas que andar, y habeis pagado hasta Paris.

—Renuncio á mi viage... Mi maleta, pronto.

—Cosa mas original, dijo el conductor echando abajo la maleta y emprendiendo de nuevo el camino.

II.

LA FLOR OCULTA.

Pocos minutos despues, el viagero, que habia tomado un cuarto en el *Parador de Correos*, salia de él con un traje de campo elegante, se presentaba sin otra ceremonia en la puerta de la señora Dernis, é inclinaba la cabeza con tres saludos, entre la paleta de la sobrina, la calceta de la tia y la elocuencia de Mortinon.

El desconocido era un hermoso joven de veinte y seis años, de fisonomía inteligente y melancólica, de bigote fino, de cabellos rizados naturalmente y de maneras distinguidas sin afectacion.

¿En qué pensaba Angela en el momento que él entró? Tal vez ella misma no lo hubiera podido decir; pero la aparicion de este joven la turbó como una vision realizada.

—Señoras, dijo con una política estremada, perdonen vds. esta estraña visita, y no me juzguen sin escucharme. Yo soy sobrino de Mr. Hervey, el primer horticultor de Marsella. Puesto que vds. son aficionadas á las flores, este nombre debe serles conocido.

—Sin duda, caballero, respondió la señora Dernis acercando una silla. La fama de Mr. de Hervey es general entre todos los aficionados á las flores.

—Nosotras le apreciamos con doble motivo, pues mi tia es provenzala, añadió timidamente Angela.

—Yo estoy encantado sin admirarme de ello, respondió el viagero. La Provenza es la madre de las flores escogidas.

La tia y la sobrina se ruborizaron... Esta por la oportunidad de la lisonja... aquella por el recuerdo de Marsella.

Mortinon dejó caer la paleta y se rascó la punta de la nariz, lanzando una mirada sombría á las perfecciones del recién llegado.

—He aqui, continuó Leon de Hervey, el motivo de mi indiscrecion. Hace dos meses que un nabab del Nidzam, pasando por Marsella, el principe Hyder-Assour, pidió á mi tio, entre otras plantas, una coleccion de dalias, cuya lista le entregó, y que debe llevar consigo para florecer los jardines de su palacio indiano. Mi tio encontró y reunió, á fuerza de gastos, los acantos designados, escepto uno que le fué imposible descubrir: una dalia, bastante común en otro tiempo, pero olvidada hoy á pesar de su nombre, *forget me nott* (acuérdate de mí). Mi tio propuso al principe reemplazarla con otra, pero el principe se obstinó en aquella... Y mi tio, encargado de encontrarla á todo precio, me ha puesto en camino para buscar el último recuerdo... Por espacio de un

mes he recorrido la Francia entera, la Gran Bretaña, la Holanda y la Bélgica, sin hallar esa flor que todo el mundo tenia hace algunos años, y que una casualidad fatal parece haber suprimido en Europa para la ruina de mi tio... Yo regresaba desesperado de Amberes, no pensando mas que en volver á Marsella, cuando esta mañana, hace algunos instantes, pasando por delante de vuestra casa y echaudo una mirada á esta ventana, distinguí y reconocí en este vaso y en el pincel de esta señorita, la dalia tan ardientemente buscada, el fénix perdido, en una palabra, el último recuerdo. Figúrense vds., señoras, mi sorpresa y mi alegría, juzguen vds. si yo debia abandonar este favor de la Providencia, y comprendan que he bajado del carruage y me he detenido en L*** para pedir al precio que vds. quieran una raiz, un grano del último recuerdo.

Esta confidencia produjo tres efectos muy diferentes en las tres personas que la escuchaban.

Luisa, oprimida por recuerdos pasados, á cada palabra lanzaba una mirada húmeda al rostro del recién llegado, á las corolas de su querida dalia, y mientras mas sabia que era rara y preciosa, con mas avaricia y ternura la miraba.

Angela bajaba los ojos y se avergonzaba, y hasta parecia despechada al reflexionar que el desconocido, cuya aparicion la habia conmovido tanto, se hubiese detenido en L*** y entrara en casa de su tia por la adquisicion de una raiz.

En cuanto á Mortinon, sentia interiormente una revolucion completa. El supuesto rival, habiendo llegado á ser un simple aficionado, le estrechó la mano como á un antiguo amigo, le habló acerca de los tubérculos del último recuerdo, y se constituyó en abogado oficioso cerca de la señora Dernis.

Pero la elocuencia del litigante fracasó como las proposiciones del cliente. En vano elevó éste sus ofertas á una gran cantidad de billetes de banco; semejante apreciacion en dinero por una flor que parecia participar de las afecciones de su alma, hirió la delicadeza de Luisa á punto de traer una lágrima á sus párpados.

Leon se apercibió de ello con tanto sentimiento como sorpresa, y se retiraba sin esperanza de volver, cuando Mortinon, obstinándose en *hacerle un servicio*, y haciendo el papel de protector, le tendió la mano y le condujo diciendo:

—Vamos, vamos... Comprendamos el negocio. La señora no ha dicho su última resolucion... Mañana se reproducirá la conferencia.

—A las ocho de la mañana, si quieren estas señoras, añadió galantemente Leon; yo no tengo empeño en ganar en el litigio, pero aguardaré con gusto por el placer de litigar.

Estas últimas palabras dirigidas á Angela, las comprendió ella sola y revelaron su turbacion.

El huésped vió en esto una tácita animacion, y Mortinon se lo llevó repitiendo:

—Hasta mañana.

Por la noche de aquel mismo dia, gracias á la manía de Gabriel, Leon sabia hasta en sus pormenores la historia de las señoritas Dernis y Savariz, escepto el secreto ignorado de todos que ligaba á la tia con el último recuerdo; y el viagero reconoció, interrogando el estado moral de su corazon, que no era ya únicamente la dalia lo que le obligaba á permanecer en L***

III.

CARACTERES Y RETRATOS.

Con efecto, en la sesión de la mañana siguiente, Leon, llevado allí por Mortinon, destruyó, no sin trabajo, la cuestión de este último, y en lugar de volver á la compra de la dalia, refirió sus impresiones de viage.

Ademas, habia fletado cuatro navios y embarcado cien hombres, con el objeto de registrar y analizar los jardines de Europa.

—Cuando recorria el vergel de mi tio en Marsella, decia Leon, seguido de uno de sus cuarenta sirvientes, cuya librea europea contrastaba con el turbante y la dalmática del amo, bordada de oro y de plata, de perlas y de rubies, devoraba con los ojos los colores y los perfumes con la na-



El príncipe Hyder-Assour extasiado en el jardín de Mr. Hervey.

Estuvo encantador y elocuente, con especialidad haciendo el retrato del nabab Hyder-Assour.

Millonario, y mas que millonario extravagante, era un coleccionador entusiasta, y poseia, merced á su afición por las flores, la estrategia de un diplomático y la violencia de un conquistador. Habia empezado por destruir tres provincias, para mejorar algunas plantas curiosas del Nidzam.

riz, de tal manera, que parecía querer absorberlas para llevarse al Indostan... Se extasiaba en aquella orgía de los sentidos, como un chino embriagado de opio. En la presencia de doscientas dalias escogidas, reunidas por Mr. de Hervey, mandó que le trajesen un sillón, una mesa y una pipa, y permaneció ocho horas delante de este espectáculo, pensando y cantando, fumando y bebiendo, hasta que la no-

che le arrebató la vista de las plantas. Juzguen vds. por lo dicho, continuó el narrador, con qué pasión ambicionaría este hombre la única dalia que falta para su colección.

Tal fué la única alusión del joven respecto al último recuerdo.

Angela recompensó su discreción tomando el vaso de sus dalias y cogiendo sus pinceles y su paleta.

Dos ó tres visitas posteriores trascurrieron hablando acerca de la Provenza, y particularmente sobre Aquisgran, ciudad predilecta de la señora Dernis, porque le recordaba

do estuviera concluido, declarando que toda comparación con el de Angela helaría los pinceles en sus manos.

Tres días pasaron además de esta suerte: los dos jóvenes pintaban el uno frente del otro, estando en medio de entrambos el jarrón con las dalias; la señorita Luisa escuchaba las relaciones de la Provenza, y Mortinon preparaba los colores para los dos artistas. Si hubiera podido leer en las almas de aquellos dos jóvenes el sentimiento de lo porvenir, no se hubiera mostrado tan complaciente; pero no veía en todo esto mas que un medio de mejorar la venta



Angela y Leon, en el jardín de la señora Dernis.

ciertas escenas de su juventud, que hicieron asomar de nuevo una lágrima á sus ojos.

Leon conoció por esto el camino del corazón de la tía, é hizo progresos tan rápidos, que al fin de la semana se atrevió á decir á la señorita Savariz:

—Yo sé pintar también, señorita; el pastel es mi humilde género. Permítame vd. que copie con vd. el último recuerdo, para enviarle á mi tío... que espera el original.

Mortinon aplaudió esta buena idea; la señora Dernis, pensando en Aquisgran, no halló inconveniente, y Leon se grangeó de esta manera nuevos días de asiduidad.

Solamente pidió, que no enseñara su trabajo sino con-

del famoso tubérculo, y de aumentar de este modo la dote de su supuesta futura.

Por otra parte, hacia un buen servicio, y esta felicidad le cegaba.

Se preparaba además otro goce, porque Mortinon, no solo era complaciente y servicial, sino chancero á su manera, y quería hacer á Leon una jugarreta... y era la de mirar al descuido su dibujo por encima de sus hombros.

Después de dos días empleados en meditar este golpe de Estado, como la tercera sesión tocaba á su fin, Gabriel comenzó á pasear el salón del uno al otro extremo... Viendo á Leon mas absorto que nunca en su trabajo, dió un brin-



quito por detrás de él, y se quedó con la boca abierta apercibiendo un retrato de muger, en vez del retrato de una flor...

Leon se vuelve indignado y oculta bruscamente su trabajo... Se enrojeció de cólera, palideció de terror, se creyó perdido, y ya iba á regañar al indiscreto, cuando éste le tranquilizó con una carcajada.

El jóven, despues de haber bosquejado á toda prisa la dalia, se puso á hacer el retrato de Angela; pero Mortinon en su ceguedad, en su precipitacion, habia tomado la imágen de la sobrina por la de la tia.

—¡Deliciosa sorpresa! exclamó dejándose caer en la silla... Señora Dernis, vd. quedará contenta con este retrato... Venga vd. á ver su retrato hecho por este caballero, y diga usted si hay cosa mas parecida.

E iba á coger triunfalmente el original para ponerle delante de la copia, cuando Leon le detuvo con un signo imperioso:

—Permita vd., Mortinon... y vds. disimulen, señoras... Puesto que me han hecho una traicion, prometo antes de una hora someter un trabajo digno de vds.

Despues, poniéndose á cierta distancia del indiscreto, sobre la misma hoja que cubria el retrato de Angela trazó con rapidez el de Luisa, le acabó, y mientras que la tia sonreia con complacencia, mientras que la sobrina pensaba en este misterio, en el cual veia mas que Mortinon, mientras que éste reia á carcajadas por su descubrimiento, el artista, guardando cautelosamente la imágen de Angela, muestra á todos el retrato casi en bosquejo de la señora Dernis.

—Cosa mas singular, dijo Gabriel enarcando las cejas, la obra me habia parecido mas acabada hace poco.

—He aprovechado la posicion del modelo para borrar algunos detalles y mejorar el conjunto... El trabajo ahora es mas artístico.

—Con efecto, dijo Mortinon, es mas artístico. ¡Cáscaras con el viagero, que fuerza de lápiz tiene!

Y la señora Luisa, con un reconocimiento algo confuso y algunas dulces reprensiones, aceptó el retrato como recuerdo y despedida de su compatriota.

Esta palabra *despedida*, pronunciada por la tia con intencion, porque comenzaba á ver que las relaciones de la Provenza habia llevado demasiado lejos, esta palabra, repetimos, hirió á dos corazones á un tiempo, y Leon, agarrándose á todo como el náufrago, quiso llevar al menos alguna cosa de Angela.

Mientras que se admiraba su bonito bosquejo de la dalia, muy inferior á la obra acabada de la jóven;

—Mi pobre tio, dijo con los ojos fijos en esta última, no comprenderá el verdadero mérito de la flor por mi copia... ¿No podria yo ofrecerle una compensacion mejor, y enviarle la pintura de esta señorita?

—Querrá vd. decir *llevarla*, respondió gravemente Luisa... Con esa condicion dejo libre á Angela para que disponga de su trabajo.

La jóven palideció, y su vacilacion reveló el terrible combate que su alma espermentaba.

Tomando, en fin, su partido, y entregando su obra á Leon sin mirarle:

—Se la entrego, caballero, dijo con voz débil, para que la lleve vd. á su tio.

—Yo la acepto para guardarla para siempre, repitió Leon al oido de la jóven, mientras que el servicial Mortinon, que no comprendia nada de lo que allí sucedia, aconsejaba á la señora Dernis la cesion de un tubérculo.

Pero viendo que no lograba su fin y la separacion era definitiva:

—Al asunto, añadió Gabriel con su aire de protector. Mr. de Hervey no puede tomar raiz en L*** para una dalia... Que parta dejándome sus poderes: yo me encargo de sus intereses y yo le daré parte de cuanto ocurra.

Aqui terminó la cuestion; Mortinon, llevándose á Leon, y la señora Luisa no atreviéndose á mirar á Angela, y Angela no determinándose á mirar su propio corazon.

IV.

SACRIFICIO Y RECOMPENSA.

Dos dias despues, el viagero, en lugar de dejar á L***, estaba mas resuelto que nunca á permanecer allí. Empleaba en contemplar el retrato de Angela las horas que no pasaba en contemplarla á ella misma. Habiendo variado de habitacion en el parador, veia desde su ventana á la jóven ocupada en pintar en la suya.

—¡Canastos! decia Mortinon, creyéndole siempre firme en la justipreciacion de la dalia.

Y Leon prolongaba con cuidado la ilusion de su amigo. (Gabriel se habia dado este título ambicioso).

Ofrecia á la señora Luisa, en nombre de Mr. Hervey, hasta 40,000 reales por la planta en cuestion.

La tia declaró que rehusaria 80,000, esperando desalentar la negociacion.

Sin embargo, Leon, que habia anunciado su descubrimiento á su tio, le manifestaba diariamente un nuevo pretesto para permanecer en L***, sin decirle nada respecto á las verdaderas razones que le obligaban á quedarse: «Esta flor es un *sentimiento* para su propietaria. Necesito la habilidad de un cuerpo diplomático. He tendido un lazo en toda regla, con minas y contraminas. Me he introducido en la plaza.—He obtenido un retrato de la planta.—Contemplo la dalia desde mi ventana, y se despiertan todas mis esperanzas. La propietaria acaba de rehusar 40,000 reales que ofrecia mi embajador, etc.» Tal era en resumen la correspondencia de Leon.

Y su tio le respondia: «¡Valor! ¡Es necesario tomar esa posicion! El nabab me ha dado carta blanca para la cantidad. Ofrece 80,000 reales. Nos darán 160,000. No tenemos mas que diez dias para vencer: es el *ultimatum* de Hyder-Assour,» etc.

Despues, Mr. de Hervey se enfadaba y amenazaba. «El principe va á romper el tratado. Somos perdidos. ¡Tuya es la culpa, desgraciado! Renuncia y vente por la posta. Quiero mejor este jaque que mi ruina. Espero la nueva de tu regreso,» etc.

Pero Leon replicaba: «Un dia mas... dadme un solo dia. Dos dias y triunfo y parto. Tres dias en nombre del cielo. Tranquílize vd. al nabab, y yo me encargo de lo demas. Ayer he dado un gran paso. ¡Mañana la victoria ó la muerte!» etc.

He aqui el paso que habia dado Leon; era inmenso, en efecto, y se comprende su alegría.

Angela le habia pedido por una discreta mensagera, que

se encontrara en el jardín de la señora Dernis. La puerta secreta que daba al campo estaría abierta.

¿Sería exacto el viagero? La señora Luisa había salido, y la sobrina apareció sola con una sirvienta.

—Señor, dijo con prontitud á Leon interrumpiendo sus exclamaciones de alegría, vd. me obliga á faltar á un deber sagrado para llenar uno mas sagrado todavía. He creído en sus protestas de delicadeza, y vengo á reclamar la prueba de ellas.

—Hable vd., señorita, exclamó el joven con vehemencia; vd. sabe que puede exigirle todo de mí, que mi corazón, mi sangre, mi vida entera...

—No repita vd. lo que ya ha dicho muchas veces y lo que yo no puedo oír.

—¡Ah! Nunca podrá vd. reconvenirme al menos de falta de discreción.

—¿Ni haciendo mi retrato en lugar de pintar el *último recuerdo*? ¿Ni quedándose en L... cuando vd. no podía contar con esta flor?... Ya ve vd. que lo se todo.

—Entonces habrá vd. sabido que no hay poder humano que me separe de vd... desde ahora...

—Yo vengo aquí para aconsejar á vd. que parta, para dar á vd. el medio solicitado por vd. mismo.

—¿Qué me quiere vd. decir?

—Esta dalia, por la que vd. ofrece tan grande cantidad, este tesoro que nunca venderá mi tia, me pertenece como á ella, caballero, y yo le doy por nada; puede vd. tomarle y dejarnos al instante.

Y hablando de esta manera, con un esfuerzo sobrehumano, pálida y resignada como una victima en el altar, Angela, sin mirar al joven, le mostraba el *último recuerdo* cultivado por ella misma...

Pero en vano reprodujo su oferta heroicamente generosa; en lugar de apoderarse de la preciosa dalia, cogió la mano temblorosa de la joven y exclamó echándose á sus pies:

—¿Aceptar esta flor y perder á vd.? ¡Gran Dios! Renuncio á ella y permanezco á su lado de vd.; pero en lugar de un desconocido, es un pretendiente á su mano de vd. el que la pedirá esta noche misma á su tia.

Aunque Angela previó tal vez este desenlace, se sobrecogió de tal manera, que se ausentó sin responder y casi desfallecida.

Leon, que leía en esta alma pura y tierna, no reclamó mas y la dejó, repitiendo:

—Hasta la noche.

Entró en su casa y encontró á Mortinon, que le gritó con aire triunfal:

—Venga vd. acá, amigo mio. Acabo de combinar un plan favorable para vd. He organizado un paseo con estas señoras por los bosques de Etang. Vd. se encontrará allí como por casualidad: yo daré el brazo á la sobrina; vd. se le ofrecerá á la tia, y vd. vuelve á hablar acerca de la dalia.

Apruebo, dijo Leon aceptando con entusiasmo; este Mortinon ha venido al mundo para, ser *servicial*.

V.

ESCENA TEATRAL—ULTIMATUM.

Con efecto, los siguientes dias, Leon había vuelto á entrar en la casa Dernis, y se hacían á media voz grandes ne-

gociaciones; y únicamente Gabriel ignoraba el objeto de ellas.

Mientras que continuaba hablando de la *dalia*, se hablaba también de *casamiento* sin escucharle...

El amante de la vispera era hoy pretendiente, no habiendo tenido mas que esponder su vida y sus intenciones para manifestarse grato á los ojos de la sobrina y de la tia.

Omitimos decir al lector, si Angela hubiera muerto de pesar si Leon hubiese aceptado su *último recuerdo*, y obedecido á sus instigaciones de partida.

En cuanto á la señora Dernis, esta no había dicho mas que una cosa á su sobrina.

—Puesto que le amas y es digno de ti, quiera Dios que no te ocasione un sentimiento eterno.

Triste y simpático recuerdo de la buena tia, sobre el misterio de su propia existencia.

Pero despues de la armonía de los dos corazones, era necesario arreglar la de los intereses. Angela no poseía nada en el mundo, y Luisa no tenía nada que darle. Leon, no era rico mas que por la fortuna de su tio; y ¿cómo tomaría su tio el jaque del *último recuerdo*?

Una mañana que se hablaba en el salon de la señora Dernis, Martinon demostrando la vegetación de los tubérculos, y Angela fingiendo escucharle recorriendo un libro, mientras que escuchaba realmente á Leon, inclinado detrás de su sillón, se abrió bruscamente la puerta del salon, y el joven de Hervey vió entrar, ¿á quién? á su tio en persona, y de quien no sabía nada hacia ya cinco dias.

Ignorando qué partido tomar... entre las escitaciones del nabab y las lentitudes de su sobrino, el horticultor se había puesto en camino.

Habiendo entrado en el parador, antes de cinco minutos se había enterado de todo... y adivinado lo demas. Dejando los negocios de la casa de Hervey por los suyos propios, Leon buscaba un casamiento en vez de buscar la dalia.

Por eso el negociante apareció como un relámpago y estalló como un trueno en el salon de Dernis... Relámpago siniestro y rayo terrible para todo el mundo, sin exceptuar al *servicial* Mortinon, que despertando de su letargo, reconoció un rival en su protegido.

Cogió su sombrero, y se alejó valerosamente para volver despues de la tormenta.

Mr. de Hervey, olvidando á la tia, olvidando á la sobrina, y olvidando donde estaba, no miró, no apostrofó mas que á Leon, y le estuvo riendo cerca de un cuarto de hora, dando á su discurso esta formidable conclusion:

—¿Y mi dalia, desventurado? ¿y mi dalia?

Por toda justificación, el condenado se humilló delante de su juez y le mostró á la señorita Angela Savariz.

Mr. de Hervey se dignó volver los ojos y quedó como deslumbrado, ¿cosa estraña? no á la vista de la sobrina, si no á la de la tia.

La impresion fué instantánea, pero el resultado sobrevivió.

Dominado por la dulce fisonomía de Luisa, como por un poder sobrenatural, el negociante furibundo se calmó y enjugándose las sienes, pidió perdon por su anterior arrebató, y dejándose conducir por la melancólica voz de la tia, terminó su discurso con las atenciones que hubieran debido servirle de exordio.

Luego, volviendo á la cuestion como hombre de negocios y como hombre galante:

—Bien, dijo, yo creía venir aquí á concluir un trato y veo que hay dos. Treguas á los arranques, á los suspiros y á las ilusiones. Ambas cosas se pueden tratar á un mismo tiempo.

Y echó una mirada á Angela y otras á sus pinturas del último recuerdo...; pero la señora Dernis le detuvo haciendo un signo á su sobrina...

Esta se levantó pálida y se fué á su cuarto... á rogar al cielo.

que su mano, y yo me encargo con mi juventud, mi actividad...

—De morir de hambre con ella, interrumpió el tío. Hagamos razonablemente, continuó; yo encontré á Angela encantadora, y yo tengo que hacer la felicidad de mi sobrino. Yo doy 120,000 reales por el último recuerdo, y la niña, y esta cantidad serán el principio de la fortuna de Leon. Yo empecé con menos... ¿Le conviene á vd. este arreglo?

—Imposible, caballero, dijo Luisa,



Luisa, Leon, Angela, Mortinon. Entrada de Mr. Hervey.

Mr. de Hervey dijo con su brusca franqueza:

—¿Cuánto quiere vd. por su dalia, señora? ¿Y cuál es la dote de la señorita Savariz?

—Caballero, respondió Luisa, con una firmeza acompañada de tristeza, yo no venderé mi dalia á ningún precio, y mi sobrina no tiene mas fortuna que su virtud.

El negociante gesticuló de cierta manera.

—La virtud es un tesoro, dijo; desgraciadamente no tiene curso en la Bolsa.

—¿Qué importa una dote? exclamó Leon, yo no pido mas

—Entonces, dijo Hervey, ¿por qué ha recibido vd. á mi sobrino? ¿Por qué ha consentido vd. que se vean y se amen? ¿Para fabricar á un tiempo su desgracia, la de la niña y la de vd?

—Al contrario, dijo Luisa; si yo no he separado á estos dos jóvenes, despues de haber conocido la solicitud de sus afectos, ha sido para evitar durante su vida dolores y remordimientos que vd. apreciaría en lugar mio.

—¡Ta, ta, ta!... palabras... dijo el negociante sacando su reloj... El correo sale dentro de dos horas, y necesito tres

días para llegar á Marsella... Pierdo 200,000 reales, si el príncipe Hyder-Assour llega allí antes que yo... En marcha, Leon. Despidete en mi nombre de la niña... pero mi *ultimatum* va á allá. Ciento cuarenta mil reales por el último recuerdo.

Y hablando así, Hervey tomaba la mano de su sobrino... Este temblaba como el condenado que vé su existencia pendiente de un hilo... La señorita Dernis, miraba alternativamente, con una angustia inexplicable, el semblante del jóven, la puerta del cuarto de Angela y las imágenes de su querida dalía.

La voz que pronunciaba estas palabras, la mirada que las acompañaba apaciguaron al horticultor.

Y siguió á la señora Dernis á su aposento con la docilidad de un niño.

VI.

LA CONFIDENCIA DE LUISA.

La habitación daba al jardín, y se veían las ramas que contenían las dalías... Su aspecto conmovió á Hervey. La



La señora Luisa y Mr. de Hervey. El ramo de Alberto.

—Caballero, dijo por fin al negociante..., pido una tregua de un cuarto de hora. ¿Quiere vd. seguirme á mi aposento, y sabrá por qué no puedo separarme de esta flor, ni separar á Leon de mi sobrina?

observó también sobre los muebles en magníficos jarrones de porcelana, y quedó como estasiado.

La señora Luisa estaba tan turbada que no reparó en su emoción; se sentaron el uno frente del otro.



—Hace cerca de cuarenta años, dijo (mi madre me ha contado muy á menudo estos recuerdos de mi infancia), que hubo una horrible tormenta en Marsella... Dos mugeres, que no se conocian, se encontraron en la capilla del *Buen Socorro* al pie de la imágen de la Virgen... Eran dos madres que hacian un voto cada una por su hijo. Una esperaba á su hijo de edad de siete años que venia de América con su marido; la otra aguardaba á su hija, de edad de dos años, que volvia del mismo pais con su padre. Las dos madres se refirieron sus angustias y se estrecharon con entusiasmo delante de María, descubriendo que sus esposos y sus hijos venian en una misma embarcacion, el *Belzunce*, batido en aquel momento por la tempestad en la embocadura del Ródano.

—¿El *Belzunce*? repitió Hervey como recordando.

—A la mañana siguiente, el mar lanzaba á la costa los restos del navío con los cadáveres de la tripulacion.. Sin embargo, los dos padres se habian salvado y abrazaron á sus mugeres, pero buscaban en vano á sus hijos que el naufragio les habia arrebatado. Trascurió una hora en esta espantosa incertidumbre... cuando las olas trajeron á la playa una jaula de gallinas sobre la cual venia el niño y la niña desmayados, pero respirando todavía. Esta comun salvacion fué obra del primero, que tuvo el valor de unir á su suerte á la dulce compañera de sus juegos durante el viage.

—¿Y quién era esa niña? preguntó Mr. de Hervey.

—Era yo, respondió Luisa.

El negociante se enjugó la frente y arrimó mas la silla.

—Ya adivinará vd. la union que nació entre las dos familias, á la vista de estos niños salvados por este milagro.

Nos llevaron en triunfo á la capilla del Buen Socorro; nos ofrecieron á la Santa Vifgen, y nos casaron solemnemente para el porvenir.

Dos existencias que habian comenzado de esta manera, ¿no debian continuar juntas?

Pasamos tres años llamándonos marido y muger... Despues Alberto entró en el colegio; yo pasé á otro; y durante los tres años que se siguieron yo no veia á Alberto mas que en tiempo de vacaciones.

Al cabo de este tiempo llegó á ser completa nuestra separacion. Alberto viajó con su padre; dió la vuelta á Europa; luego la del mundo, pero sin dejar de escribirme y de recibir mis respuestas, y mas que nunca nos tratábamos como prometidos.

Yo tenia en mis manos esta carta bendita, y mis lagrimas de gozo corrian aun, cuando mi padre, entrando en mi cuarto con rostro sereno, me declaró, que semejante contrato era un juego de niños, que era preciso renunciar á él, que no volveria á ver mas á Alberto, y que pensaban darme una colocacion mas conveniente.

Era un desconocido, lo que se llama un *buen partido* con el cual me querian casar.

Me negué á recibirle y pasé una semana sumergida en perpétuo llanto.

Mi padre cerró las puertas á Alberto. Mi madre lloraba conmigo, pero no podia darme ni una esperanza.

Sorprendida y anonadada por no tener nuevas de Alberto, sin carta suya, sin el menor signo de vida, me eché una noche en los brazos de mi madre y la pregunté:

—¿Me abandona mi futuro? ¿Olvida, como mi padre, el

naufragio del *Belzunce*, Nuestra Señora del Buen Socorro y nuestra promesa?

Mi madre volvió la cabeza y no me respondió mas que suspirando.

Pero los siguientes dias la mortifiqué con tan repetidas instancias que se decidió por fin á hablar.

—Hija mia, me dijo, ignoras la vida y la humanidad; es preciso aprender á conocer ambas cosas y á soportar sus reveses y sus inconstancias.

—¿Alberto inconstante? imposible, exclamé mostrando su última carta.

Mi madre la volvió á leer con dolor, y prosiguió en su acostumbrado silencio, declarándose incapáz de comprenderla.

Despues poco á poco, de reticencia en reticencia, me reveló que Alberto, mas dócil que yo á las voluntades de su familia, habia fijado su atencion en otra parte.... que volvia para América donde le esperaba la mano y la fortuna de cierta criolla.

Quedé confundida... pero no creí á mi madre.

No la creí, pues hubiera muerto... y yo he vivido con mi fé inalterable.

A pesar de mi reclusion logré saber que Alberto partia realmente.

Caí enferma, pero no creía en su infidelidad.

En esto llegó el dia de mi santo; por una coincidencia fatal era la víspera de la partida de Alberto.

Mi padre tembló sin duda por mí, pues me colmó de cuidados durante aquel dia; mi cama se vió rodeada de flores y de regalos; pero los mejores procedian del *buen partido*, del rival de Alberto.

Al finalizar el dia quedé sola con mi madre, y pude sollozar con mas libertad.

—¿No es verdad que Alberto no me ha olvidado, que no partirá sin asegurarme su regreso?

Mi madre me besó dulcemente; pasó á su cuarto y me trajo un ramo grande de flores.

Todavía le miro con su primitiva frescura, prosiguió Luisa con acento conmovido, mientras que Hervey llevaba el pañuelo á sus ojos. Era un tallo de sus hermosas dalias, flor de moda entonces, á la que llamaban los ingleses *forget me not* (acuérdate de mí); si, veo todavía sus plateados pétalos, con un ligero reflejo de oro. En la sombra que cubria mi aposento, en la noche que invadia mi alma, me parecian reunir el brillo y la sonrisa del arco iris, con las perlas mas radiantes de una hermosa mañana.

Este momento fué el mas brillante de mi vida.

—Alberto no partirá, al menos sin festejarte, dijo mi madre presentándome el ramo; estas flores son tuyas, y yo me he encargado de dártelas como su último recuerdo.

—¿Su último recuerdo? exclamé.

Y mi madre me repitió que Alberto iba á buscar nuevos destinos en América, que era preciso no pensar mas en él, y someterme á las voluntades de mi padre...

Pasó la noche en una especie de delirio con mi ramo en la mano.

Con efecto, Alberto habia partido, y trascurrieron dos años sin que yo tuviese noticia suya.

No renuncié á volverle á ver, sino cuando supe su muerte en las colonias.

—¿Su muerte! exclamó Hervey estremeciéndose.

—Si, mi madre tambien me dió esta nueva aconsejándome por última vez que obedeciera á mi padre.

Peró la muerte de mi padre vino á poner término á esta lucha, dejamosla Provenza por Flandes, donde he consagrado mi vida en la felicidad de mi sobrina Angela, y en el cultivo del último recuerdo.

Estas dalias han sido mi joya mas preciosa; cuando partí de Marsella, compré todas las de su especie á los horticultores, y se la hubiera querido arrebatat al mundo entero.

Ya que sabeis mi historia, dijo la señora Dernis, volviéndose á Hervey; ahora que mi existencia no ha sido mas que un duelo prolongado lejos del único hombre que yo puedo amar, le hago á vd. juez de mi causa para que me diga si puedo vender estas flores y separar á mi sobrina de Leon?

VII.

LA RESPUESTA DE HERVEY.

—Y yo, respondió Hervey, que se levantó conmovido, le pido el permiso de contemplar su historia de vd. por la de Alberto del Charni... ¿no era ese su nombre?

—Si, exclamó Luisa incorporándose. ¿Cómo lo sabe vd.?

—Entonces, ¿cómo es que se llama vd. Dernis y no Vallante?

—Porque he tomado el apellido de Mr. Dernis, el segundo marido de mi madre, tan indulgente para mí, como riguroso habia sido mi padre.

—Con efecto, muy riguroso! continuó Hervey con los ojos clavados en el cielo; porque engañó á vd. cruelmente, lo mismo que á su madre de vd. La verdad es que Alberto se decidió á emprender su último viage, porque le desesperaba el silencio de vd. La vispera de su partida, el día de su santo de vd., pasó muchas horas andando como un alma en pena en derredor de la casa de vd... La noche que vd. gemia en su lecho, él gemia al pie de la ventana de vd. Partió mas enamorado que nunca, creyéndose olvidado para siempre. Pero vd. le perdonará cuando sepa que este mismo dolor no ha podido borrar la imagen de vd. de su memoria. Ha rechazado la fortuna y la mano de diez mugeres, porque ellas no eran Luisa Vallante.

Luisa escuchaba estas palabras palpitando de emoción, con los ojos anegados en lágrimas, pensando que soñaba y temiendo despertar, observando á Hervey y no atreviéndose á creer en sus presentimientos.

—¡Ah! señor, balbuceó casi desfallecida. ¿De dónde sabe vd. todo esto? ¿Conoce vd. á Alberto? ¿Vive? ¿Dónde está? Moriré si vd. me engaña. Déme vd. pruebas de su existencia.

Mr. de Hervey se dió un golpe en la frente, y cogió la mano de Luisa.

—¿Quéha sido del ramo de Alberto? preguntó, ¿le ha conservado vd.?

Luisa corrió á su armario y sacó de él el ramo de dalias disecado hácia ya veinte años.

—Está bien, dijo Hervey. He aqui la cinta verde con que Alberto ligó estas flores, su última esperanza, y no su último recuerdo. Desate vd. la cinta, señora, pues vd. no lo ha hecho durante veinte años. Va-vd. á encontrar la confirmación de cuanto he dicho.

Luisa desató con prontitud el nudo, y cayó un billete en los restos de las flores. Estaba encerrado allí desde el día de la separación. Este billete suplicaba á Luisa que se asomase á la ventana. Hervey se echó á los pies de Luisa, quien exclamaba:

—¿Con que es vd. Alberto Charni?

—Hoy Alberto de Hervey y compañía, como heredero y director de aquella casa de horticultura.

Omitimos describir la escena que se siguió á este reconocimiento.

VIII.

EL PRÍNCIPE HYDER-ASSOUR.

—Y bien, dijo la señora Dernis al final de la entrevista, repito mi pregunta: ¿puedo vender los últimos recuerdos y podemos separar á Angela de Leon?

—Los últimos recuerdos son ahora nuestros, respondió el negociante; en cuanto á Angela y Leon, mañana hablaremos.

—¡Oh! ¡ahora, ahora! exclamaron á un tiempo dos voces. Y Leon por un lado, y Angela por otro, entreabrieron las puertas del aposento y vinieron á informarse de su suerte.

El ramo y la carta de Alberto estaban sobre la mesa.

Mr. de Hervey echó allí una mirada tierna; luego miró á Luisa... y los futuros de otro tiempo, estendiendo las manos, reunieron á los prometidos de hoy.

Desgraciadamente el horticultor halló en la mano de Leon una carta que procedia de Marsella y contenia estas palabras:

«Somos perdidos... El príncipe ha llegado á Marsella, y sabiendo que el *forget me not* falta á nuestra colección de dalias, ha declarado nulo el contrato, y deja á nuestra cuenta los gastos que ha originado su busca. Aunque le he dicho que habia vd. partido para L*** para traer la flor, me ha dejado furioso y se ha embarcado esta misma tarde para la India.

N.....

» Marsella, etc.

Lanzado por este rayo de las alturas de la poesía á los abismos de la prosa, el negociante cayó sobre la silla balbuceando:

—¡Arruinado!

Su fortuna y su felicidad, la de Luisa, la dote de Angela y la de Leon se hundieron con esta terrible nueva.

A la siguiente mañana, despues de una noche pasada en medio de las mayores angustias, Mr. de Hervey iba á despedirse de Luisa para volar á Marsella, cuando el héroe desaparecido, Gabriel Mortinon, pálido y desconcertado, pero satisfecho á su manera porque tenia un nuevo servicio que hacer, dijo á Mr. de Hervey:

—Perdon si interrumpo, pero acaba de llegar un desconocido del parador con un coche con seis caballos; ha preguntado por vd. con impaciencia... y yo le he dicho que vd. estaba aquí, negociando la compra de una dalia... A esta palabra se ha lanzado fuera del carruage, y viene detrás de mí... Yo creo que es lo menos el emperador de la China.

—¡El nabab! exclamaron tío y sobrino.

Entró en efecto, hizo tres saludos magestuosos y se detuvo bruscamente á la vista del último recuerdo.

—¡Hele aquí! exclamó estasiado. Señor de Hervey, añadió: desesperado de hallar esta flor me embarqué; ya había andado algunas leguas, cuando me acordé del nombre de la población á que vd. había partido. Pasé desde mi nave á una silla de posta, y he llegado á L^{...} reventando cincuenta caballos. No me habían engañado, puesto que veo el *forget me nott*, y le llevaré á la India.

Y hablando de este modo, sacaba su bolsa y adelantaba la mano sobre la dalia; pero Hervey le detuvo respetuosamente.

respondió, será preciso prometerme que esta flor no será dada ni vendida á nadie de Europa, y que no saldrá jamás de la India.

—Acepto esa condicion, dijo el nabab llamando á uno de sus sirvientes para que cogiera la maceta: y como la planta de que me hago dueño adquiere doble valor, tambien la dote de esta señorita se duplica. Ahora, señor de Hervey, os dejo un mes para celebrar este enlace, y doy una cita en Marsella para arreglar otras cuentas.

—Pero es menester, dijo el negociante, que asistais á la



El principe-Hyder-Assour comprando el último recuerdo.

—Esta flor no me pertenece: es de esta señora que ha jurado no venderla; y de esta venta dependen mi fortuna y su felicidad, y la dote de su sobrina y de mi sobrino.

—¡Oh! señora, dijo el principe; no hay condicion á la cual yo no me someta para obtener una de estas dalias.

La señora Dernis se avergonzó.

—Con una condicion me separaré de una de mis flores,

boda: Yo os prometo que habrá dos parejas en lugar de una.

—Razon de mas para que acepte la invitacion, replicó el principe con una galanteria incomparable.

Y todo el mundo quedó contento y regocijado.

¿Todo el mundo? no... excepto Gabriel, tan mal recomendado por su último servicio.

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS.



MANCHE DEL...

L. ALYSSANDER.

Llegada de Santa Ursula á Roma; copia del cuadro de Hemling, sacada al daguerreotipo por Blanquart-Evrard.

TOMO XI.

36

HISTORIA

DEL DAGUERREOTIPO Y DE LA FOTOGRAFIA (1).

III.

Paris fotógrafo. — Los retratos imposibles. — Descubrimiento de Mr. Fizeau. — Observaciones arqueológicas practicadas con el lente. — El sol renueva el milagro del mar Rojo, fijando las olas. — Trabajos de los señores Macaire y Warnez. — Consiguen (por decirlo así), insertar negros. — Un retrato póstumo, anécdota. — Panorama daguerreotípico. — Despues de ser ya pintor, el sol se hace grabar por la electricidad.

La Francia que ha visto tantas cosas y experimentado frecuentes vicisitudes y alternativas, se familiariza bien pronto con todo, hasta con lo maravilloso: pocos días despues de la publicacion del procedimiento daguerreotípico, el oficio de fotógrafo se habia arraigado en Paris, y la heliografía era un asunto muy sencillo: las cámaras oscuras se vendian á centenares, y un gran número de aficionados, copiaban los monumentos de la capital, como si debiera desaparecer al concluir el año.

La flexibilidad, la destreza y la aptitud de asimilacion de ese pueblo manipulador por excelencia, hizo que se multiplicasen y perfeccionasen los ensayos: improvisáronse muchos métodos, pero no nos ocuparemos mas que de los que obtuvieron un éxito feliz y á los que va unido un nombre acreditado.

Algunos de esos procedimientos, debidos á prácticos extraños antes á la ciencia, son tan sutiles, tan ingeniosos como invencion y tan maravillosos como resultado, que no pueden menos de interesar á los lectores, aun los mas extraños al estudio de las combinaciones químicas. Asi, pues, haremos un ligero bosquejo de lo que concierne al daguerreotipo ó heliografía sobre plancha, y despues diremos algunas palabras sobre la fotografia en papel y vidrio, invenciones distintas de la primera, y fundadas en un principio diferente.

Cuando se dieron á conocer el daguerreotipo y los agentes de que puede disponer, la ciencia demostró con argumentos muy sólidos que se habia llegado al limite de lo posible, y que aquel nuevo arte jamás podria ser aplicable á la copia de retratos. La operacion duraba de doce á quince minutos, al sol, y era por consiguiente muy difícil que un modelo sufriese por tanto tiempo la luz solar, con perfecta inamovilidad y sin pestañear: los ensayos que se practicaron produjeron caras ridículas é incapaces de ser conocidas, y de ahí nació la preocupacion contra la fotografia, que todavia no ha desaparecido completamente.

Para abreviar la duracion de la esposicion, se trató de acortar el foco del objetivo, lo cual concentraba sobre la capa sensible rayos mas enérgicos: de ahí la exageracion de la perspectiva lineal y esas abultadas narices, rodillas y manos que afean los retratos ejecutados con esas condiciones, en que todos los objetos prominentes aparecen recargados.

Mr. Carlos Chevalier concibió la feliz idea de combinar objetivos en dos vidrios acromáticos, que permitiendo obrar á mayor distancia, hacen la imagen mas clara, mas bri-

llante y exenta de toda aberracion de esfericidad: este método da retratos en dos ó tres minutos, y es todavia muy lento.

Este descubrimiento no hizo gran sensacion; pero descubierta por su autor á un aleman, corrió á llevarle al otro lado del Rhin, desde donde volvió con aplauso á Francia, porque se le creia extranjero, y los objetivos dobles todavia conservan el nombre de *alemanes*: Mr. Chevalier completó sus trabajos con la construccion de una cámara oscura muy buena, y que se puede manejar y trasportar con facilidad.

El mismo año, Mr. Clandet, francés, establecido en Londres, hizo otro descubrimiento precioso por si mismo, y mas aun por sus consecuencias: reconoció que el cloruro de yodo comunica á una plancha daguerreotípica la propiedad de quedarse fijas en ella las imágenes en algunos segundos con la accion de la luz: este fué el primer paso para el estudio de las sustancias *aceleradoras*.

Apenas se reconoció la sensibilidad del yodo clorurado, cuando los señores Fizeau y Gandin, este despues de aquel, descubrieron en el bromo propiedades aceleradoras mucho mas enérgicas: cada uno de ellos empleó el bromo de un modo diferente, y concluyeron por convencerse de que el agua bromada de Fizeau suministra la combinacion mas rápida y facil. Mr. Bingham completó esos estudios, usando el bromo en el estado seco, combinándole con la cal que absorbe sus vapores húmedos.

La consecuencia de estos descubrimientos fué el obtener retratos casi instantáneos al sol, y en el espacio de seis á treinta segundos á la sombra: las imágenes se embellecieron todavia mas por medio de un nuevo procedimiento de fijacion introducido por el mismo Fizeau, cuyo nombre será siempre célebre entre los heliógrafos, pues se le deben las dos modificaciones mas importantes de la daguerreotipia.

En las imágenes primitivas, el dibujo era triste y poco firme, porque el modelo no tenia mas recursos de tono que el contraste entre la tinta clara del mercurio y la de la plata: ademas estaban muy espuestas á borrarse, pues solo las formaba la adherencia sobre la plancha de menudos glóbulos del mercurio. Mr. Fizeau evitó esos inconvenientes con una sola operacion esparciendo sobre la superficie de la prueba y calentando ligeramente una disolucion de cloruro de oro mezclado con el hiposulfito de sosa. De ese modo se forma una doble amalgama de oro y plata, la plancha se cubre de una capa sólida de oro que fija el mercurio, oscurece los tonos de la plata, aclara los del mercurio, realza la vivacidad de la imagen, y la hace mas agradable, comunicando mas animacion á la tinta general.

Merced á tantos ensayos y mejoras, y á los que sucesivamente hicieron los señores Thompson, Foucault, Belfield, Plunier, Fortin, el baron Gros, Laborde, Gaudin y otros varios que omitimos por no molestar demasiado la atencion de nuestros lectores, la heliografía ha llegado á una perfeccion sorprendente. Tan fantástico es el poder del procedimiento, que permite al que examina un dibujo de arquitectura, explorar la naturaleza, la calidad y el grano de la piedra, y hacer observaciones que no podrian advertirse en el terreno mismo. Esta asercion nos recuerda un hecho muy singular que creemos oportuno referir.

Hará unos cuatro años que el baron Gros, ministro plenipotenciario de Francia en Grecia, fijó por medio del da-

(1) Véase en este mismo tomo página 178.

guerreetipo un punto de vista tomado del Acropolis de Atenas: allí se encontraban diseminadas ruinas, piedras esculpidas, y fragmentos de todas especies. De regreso á París, el señor baron volvió á ver sus recuerdos de viage, y cuando examinaba con un buen lente, los restos amontonados en un lado de su cuadro, descubrió de repente en una de las piedras, una figura antigua que se le habia escapado. Era un leon que devoraba una serpiente, trazado en hueco, y de un tiempo tan remoto, que ese monumento, único en aquel sitio, ha sido atribuido á la época egipcia: el microscopio ha permitido copiar ese fragmento precioso, revelado por el daguerreetipo á setecientas leguas de Atenas, y restituirle proporciones accesibles al estudio.

Así, pues, este prodigioso instrumento representa lo que los ojos pueden ver, y lo que no es posible distinguir: solo que como sucede en los objetos de la naturaleza, el espectador, segun se aproxima mas ó menos, con el auxilio de lentes graduados, percibe infinitos detalles cuando el conjunto no satisface su curiosidad.

Después de tantas maravillas, parecia que se habia ya recorrido la via de la perfectibilidad hasta sus últimos límites; pero hace año y medio, se supo que unos heliografos establecidos en el Havre obtenian dibujos de marina y se apoderaban al vuelo de las olas del Océano. Parecia una cosa imposible, pero las pruebas no dejaron tiempo para entrar en discusiones.

Por efecto de la rapidez con que operan, los señores Macaire y Warnez han llegado á apoderarse en el movimiento mismo, de un instante de inamovilidad relativa: la dificultad consiste en operar con ligereza. La espuma de las olas, la vela agitada por el viento, las ondulaciones del humo, las hojas que se mueven, el caballo al trote, el niño que corre, la sonrisa fugaz, quedan fijados en sus planchas mágicas. Los trabajos de estos heliografos merecen una mencion particular.

El mayor de los hermanos, llamado Cyro, se hallaba en América, cuando los periódicos de Europa llevaron á los Estados Unidos la descripción del procedimiento daguerreetipo: al punto se fabricó una cámara oscura con una caja de cigarros, en la que colocó á manera de objetivo los vidrios de unos anteojos, y se puso en campaña. Medianamente interesados por los sitios pintorescos de la naturaleza, pero muy poco aficionados á los monumentos para construirlos, los pueblos que visitó no podian ser seducidos mas que por los retratos, y á pesar de la primitiva lentitud del procedimiento, los naturales del pais que no tenian artistas á su disposicion, tuvieron paciencia y se sujetaron al único medio que se les presentaba de perpetuar su imagen. Pero poco satisfechos de un método que casi los representaba sin ojos y en negro, dejaban muchas veces las copias al artista, que sacaba partido de ellas. En efecto, si los hombres blancos encontraba la prueba infiel, á los negros les parecia excelente, y los esclavos se reconocian sin vacilar en los retratos de sus amos. Aquella semejanza favoreció á Mr. Cyro Macaire, que con los instrumentos de que disponia no hubiera podido obtener figuras de negros, y que para sacar el retrato de alguno de ellos, se valia de un blanco: así practicaba la fusion de las dos razas y las ingertaba una en otra, que no podia hacer otra cosa mejor.

Bien pronto dirigió todos sus esfuerzos á buscar sustancias aceleradoras, y sacó tanto partido de los reactivos im-

presionables, que á su regreso á Francia, asociado con su hermano, se ha elevado á los resultados maravillosos que hemos indicado.

Los cuadros de marina de esos señores atrajeron en derredor suyo un enjambre de curiosos, que ansiaban ver su coleccion preciosa con justo titulo, porque era la primera vez que el movimiento se dejaba fijar sin cesar de ser, y porque hasta entonces no se habia logrado ver la mar agitada, no interpretada, sino representada con una exactitud matemática y en su estado natural. Josué detuvo el sol: los artistas del Havre han fijado las olas del mar.

Mr. Marteus, fotógrafo muy hábil, que ha obtenido con elises de vidrio, de que hablaremos mas adelante, pruebas magnificas de los ventisqueros y rocas del Oberland, ha sacado un partido muy singular del método instantáneo. Ha ideado hacer el objetivo movable en derredor de un eje, estrechar el campo y hacerle recorrer toda la longitud de una plancha hemisférica; el resultado es un panorama que abraza todo un horizonte: es una obra verdaderamente mágica, pues desde lo alto de una torre se puede sacar la vista de una poblacion con sus alrededores, el cielo y las nubes.

Nos falta espacio para esplicar aqui las curiosas aplicaciones de la galvano-plastia al arte daguerreetipo, y de qué modo Mr. Carlos Chevalier ha encontrado por casualidad el medio de reproducir, por la accion galvánica de la pila, una prueba sobre la plancha. En este camino ha llegado mucho mas lejos Mr. Fizeau, pues ha conseguido transformar una plancha daguerreetipo en otra de grabado, propia para dar, por medio de la tirada tipográfica, pruebas en papel de la imagen daguerreetipo. En esta estraña operacion, bajo la influencia de un hilo eléctrico y por la accion de un mordente, la plancha grabada se escoplea y ahueca por sí misma, con una exactitud y delicadeza que difícilmente podrian imitar las manos mas hábiles. Así, de la luz se hace un pincel como ha dicho Mr. Figuier, y de la electricidad un buril: la mano del hombre no puede intervenir aquí, mas que para trazar por debajo de una de esas estampas estas palabras gloriosas para la ciencia:—Dibujada por la luz y grabada por la electricidad.

Nuestros lectores nos disimularán el que no hagamos mas que indicar estos resultados, porque para describirlos seria preciso entrar en ciertos pormenores concernientes á otro descubrimiento, la galvano-plastia, que en las artes industriales de nuestro tiempo ha llegado á ser en algun modo la imprenta de la escultura.

Otros prodigios reclaman nuestra atencion, y antes de apreciar el valor real y el papel futuro de la heliografia bajo el punto de vista del arte, tenemos que hablar de la fotografia sobre papel y sobre vidrio, otra invencion que confina á la primera, que es sumamente perjudicial á los dibujantes, que ya ha producido resultados importantes que deben ser conocidos, colecciones accesibles á todo el mundo, y delante de la cual se presenta un porvenir muy brillante. Estos procedimientos que permiten á todos rivalizar con las obras maestras del arte, son mucho mas atractivos y fantásticos que los milagros de la química ó de la física recreativa, cuyos secretos se enseñaba á la juventud en los siglos pasados.

IV.

Origen y progresos de la fotografía en papel.—A dónde va á desarrollarse el genio de las invenciones.—Los señores Talbot y Blanquart-Evrard.—Albums y viages pintorescos.—Misiones heliográficas.—Los elisés de vidrio: Mr. Niepce de Saint-Victor.—El algodón pólvora aplicado á la fotografía.—Trabajos de Mr. Le Gray.—Niepochromia ó el color pintado por sí mismo.

Mientras Daguerre publicaba en 1839 el procedimiento á que ha dado su nombre, un inglés, Mr. Fot Talbot descubrió también la fotografía, y lo justificaba con resultados obtenidos en 1834; la anterioridad de los trabajos de Niepce decidió la cuestión en favor de la Francia; pero los ensayos de este se habían ejecutado únicamente sobre la plancha, y Mr. Talbot empleó el papel.

Defraudado en sus esperanzas por el advenimiento del Daguerreotipo, Mr. Talbot, para acreditar no la prioridad, sino al menos la originalidad de su invencion, se apresuró á publicarla aun antes de que llegase al grado de perfeccion que sin duda esperaba alcanzar. Procuraron algunos hacer su aplicacion en Francia, y lo consiguieron bastante medianamente: supusieron que Mr. Talbot no habia revelado de una manera completa el secreto de su *calotype*, y dejaron de ocuparse de él. Sin embargo, varios adeptos intentaron perfeccionarle, y entre ellos Mr. Bayard, que fué el primero que obtuvo estampas admirables.

La fotografía en papel quedó, no obstante, casi abandonada hasta 1846; á principios del año siguiente despertó de repente la atencion de los heliógrafos, y en el espacio de algunas semanas hizo tanto ruido como silencio habia guardado hasta entonces. Un solo hombre desde el retiro de su provincia habia logrado agitar á todos los prácticos, y dar á los ánimos un enérgico y nuevo impulso. Mientras la fotografía en papel se hallaba sumida en el mas profundo olvido, un fabricante de paños de Lila, en Flandes, se ocupaba con afan en sacarla de la oscuridad, en hacerla mas perfecta, en facilitar la ejecucion y en multiplicar sus productos.

Mr. Blanquart Evrard, que este es su nombre, escitó en 1847 sobre la fotografía en papel un vivo interés, dedicando á ese ramo del arte un folleto escrito con mucha habilidad bajo el punto de vista de las ideas ó de las esperanzas que hacia nacer: á él iban unidas unas pruebas en papel, comparables á buenos grabados, y retratos bosquejados con mano maestra por el sol, género de trabajo de que se habia desesperado, pues Mr. Talbot no habia logrado hacer retratos.

En esa ocasion, Mr. Blanquart desempeñó el papel, no de inventor en la acepcion rigurosa de la palabra, sino de un vulgarizador inteligente que aclaró, desarrolló y perfeccionó: su empresa fué muy provechosa á Mr. Talbot, porque el espíritu de antagonismo, en sus esfuerzos para atenuar el mérito de Mr. Blanquart, rehabilitó el procedimiento de Talbot, y no faltó quien, habiéndole declarado impracticable, quiso probar que era excelente, y se llegó á sacar buen partido del talbotipo. Luego, cada uno procuró tener su parte en la invencion, y estimulada la emulacion general en el espacio de diez y ocho meses la fotografía en papel hizo progresos inmensos.

Ahora nos parece oportuno explicar en pocas palabras las nociones químicas que sirven de base á estos nuevos procedimientos.

Es bien sabido que el cloruro y yoduro de plata se enne-

grecen á la luz. Luego si se impregna de yoduro de plata una hoja de papel y se la coloca en el foco de la cámara oscura, la luz coloreará los sitios en donde diere, y dejará en blanco las porciones de la imagen que están cubiertas de sombras. El resultado del experimento será una prueba inversa de la natural ó *negativa* (término adoptado), en que las sombras serán pálidas y las luces casi negras.

Para obtener una imagen rectificada, bastará tomar otra hoja de papel sometida preliminarmente á la misma accion química que la primera, y colocarlas ambas de modo que para que la luz del dia alcance á la segunda, tenga que atravesar la prueba negativa. Las porciones negras de esta prueba detendrán los rayos luminosos, y dejarán el papel mas ó menos blanco: las porciones claras, mas transparentes, abrirán paso á la luz, que dará colorido á la hoja sometida á esa especie de calco; y la imagen recibida por esta será necesariamente inversa con relacion á la otra, es decir, directa y positiva con relacion á la naturaleza.

La gran ventaja de este procedimiento es, que una vez obtenida la prueba negativa, llega á ser un verdadero clisé, por medio del cual se puede sacar un número ilimitado de buenas pruebas: la plancha daguerreotípica no daba mas que un solo cuadro. Este método procede directamente de Mr. Talbot, que para hacer el papel mas impresionable, y para que en seguida apareciese en él la imagen, le humedecía antes y despues de la operacion con una mezcla de ácido gálico, ácido acético y nitrato de plata. La fijacion de la prueba se opera en un baño de hiposulfito de sosa ó de bromuro de potasio, sales dotadas de la propiedad de disolver el cloruro y yoduro de plata que la luz no ha impresionado.

Indicaremos otro método que suministra desde luego una prueba directa, sin el auxilio de un papel negativo intermedio. Consiste en colocar en el foco de la cámara oscura un papel químicamente preparado, ennegrecido antes por la accion de la luz, que modela los objetos en blanco sobre un fondo sombrío. Mr. Bayard ha sido el primero que ha puesto en práctica el procedimiento directo, y obtenido resultados de una belleza ideal.

Los principales méritos de la publicacion posterior de Blanquart Evrard, son el de haber dirigido hacia ese ramo fotográfico los esfuerzos de todos, haber dilucidado el método de Talbot, el haber señalado sustancias aceleradoras que permiten obtener, con un clisé negativo, dos ó trescientas pruebas por dia, el haber estudiado las propiedades de una multitud de sales, y colocado á sus rivales en posicion de sobrepasarle algun dia, estendiendo las aplicaciones del procedimiento primitivo.

Blanquart, realizando bajo el punto de vista de las artes y de la industria las ventajas del uso del papel, ha contribuido á poner en moda un procedimiento, que suprimiendo lo molesto del daguerreotipo, y suprimiendo el coste de las primeras materias, permite á todo viagero proporcionarse magníficos albums, sin mas gasto que el de un centenar de hojas de papel. En fin, Mr. Blanquart ha establecido en Lila una imprenta fotográfica, en la que se hacen grandes tiradas de *negativos*, y en que pueden obtenerse pruebas de todos los matices, desde el azulado hasta el negro mas puro, y producir á voluntad, y según la naturaleza ó la fisonomía del dibujo, imágenes ligeras y de efectos dulces, ó pruebas de contrastes y enérgicas.

Con la influencia de estos trabajos, la fotografía en papel ha hecho progresos muy rápidos, especialmente desde que Le-Gray, práctico hábil en la reproducción de sitios y de monumentos, concibió la idea de neutralizar los defectos y desigualdades del papel, dándole un barniz de cera virgen, que le hace propio para recibir imágenes limpias y vigorosas. Los papeles encerados suministran excelentes retratos y, sin contradicción, las mejores y mas delicadas pruebas.

La fotografía adquirió bien pronto tanta superioridad, que en marzo de 1831 se trató de utilizar en provecho de los monumentos históricos un arte tan precioso, emprendiendo viajes heliográficos por el Norte y el Mediodía de la Francia, y el comité de monumentos históricos estableció

te, publicada por entregas, la *Italia monumental*, y uno de los fundadores y mejores escritores de la *Revista de Paris*; y Máximo Ducamp, que regresando de Egipto y de Jerusalem con mas de doscientos negativos obtenidos al frente de los sitios mas notables y de los monumentos mas célebres del Alto y Bajo Egipto, ha creado un monumento inapreciable.

Para completar estas colecciones, nos resta señalar el album tan rico como variado de Blanquart Evrard, publicado con gran lujo, que se vende á un precio muy módico, y que comprende una serie de rarezas artísticas, cuadros góticos, monumentos de Flandes ó Italia, paisajes, estatuas, etc. Estas colecciones son preciosas y de un interés fácil de concebir (1).

Así es, que en el espacio de algunos meses se ha creado



Bajo-relieve de Lucca de la Robbia. (Galeria de los Oficios en Florencia.)

las leyes de un museo pintoresco y arqueológico, y envió á los señores Bayard á Normandía, Le Gray y Mestral á Turina y Mediodía, Baldus á Fontainebleau, Borgoña y el Delfin, y Le Secq á Champaña, Alsacia y la Lorena.

Estos señores formaron una colección de láminas de grande dimensión, obtenidas con rara superioridad por métodos diversos; sus producciones no tienen rivales, gracias al uso del curo de oro, que permite realzar pormenores ocultos en las sombras mas profundas: esta mejora es debida á Le Gray.

La colección de monumentos antiguos de la Francia existe en el conde de monumentos históricos, que no ha permitido su publicación, privando de ese modo á los célebres fotógrafos de la publicidad que habian esperado, y al país de la obra mas bella que quizá haya producido hasta el día.

Le Gray, Baldus, Le Secq y Baldus, tuvieron por precursores en este género de empresas á los señores Eugenio Piot, á quien se debe la primera obra fotográfica importan-

una industria que ocupa una multitud de brazos, y los monumentos de Francia y de Italia se han fijado y conservado con sus mas preciosos pormenores: se han establecido con exactitud las nociones antiguas sobre el Egipto, los geroglíficos han sido presentados sin errores á la sagacidad de los sabios, y el antiguo viage de Egipto, publicado en otro tiempo, pasa al estado de interpretacion caprichosa y remota.

En la reproducción de los sitios agrestes, montañas y monumentos, es en donde sobresale especialmente lo foto-

(1) Además del *Album del Artista y del Aficionado*, ese infatigable publicista heliógrafo ha presentado á la luz pública las *Misceláneas fotográficas*; *Paris fotográfico*; *Recuerdos*; *Variedades fotográficas*, colección de grabados antiguos en madera, y otras rarezas; los *Siete sacramentos del Poussino*, el *Arte cristiano*, *Estudios de paisaje*, los *Pirineos*, etc. Total, nueve ó diez obras de grande interés, de que se ha apoderado el comercio. Si Mr. Blanquart Evrard no es el Guttemberg de la fotografía, puede con justo título reclamar en esa invención la popularidad de Faust ó de Pedro Schöffer. A este artículo acompañan dos de las mejores obras maestras del arte, fotografiadas por Mr. Blanquart Evrard.

grafía en papel, y es superior á todo; Le Gray y sus rivales han llegado en este punto á los límites del arte.

A pesar de estos adelantos, la fotografía en papel era inferior á la plancha daguerreotípica en cuanto á la copia de retratos, de objetos delicados y de menudos detalles; sin embargo, tenía mas atractivo como lo prueban los retratos de Mestral y Le Blanc, que obtienen todavía por medio del procedimiento Talbot, los mejores retratos en clisés de papel. Faltaba una conquista que hacer, la de un negativo bastante trasparente para luchar con la finura del metal, y esta dificultad la ha vencido la invencion de un oficial francés.

Mr. Niepce de Saint-Victor se dedicó con afán á resolver un problema que se creía sin solución: del medio de arrancar al procedimiento daguerreotípico la reproducción, no solo de las líneas y de las sombras, sino hasta el color de los objetos naturales.

Mr. Niepce de Saint-Victor, sobrino de José Nicéphore Niepce, entró á servir en el ejército á la edad de diez y nueve años, pero á pesar de su decidida inclinación á la carrera de las armas, que en 1827 le condujo al colegio militar de Saumur, como su tío que durante veinte años prosiguió la heliografía con la mas perseverante obstinación, se hallaba dotado sin saberlo de esa curiosidad tenaz y reflexiva, que conduce á ciertos hombres á interesarse en un hecho ó en una idea, y á seguirlos sin descanso hasta en sus consecuencias mas remotas.

El primer signo de esa vocación con respecto á Mr. Niepce es muy extraño, cuando se piensa en el punto á que esa vocación le ha conducido: el descubrimiento de la heliochromía ó reproducción de los colores por el procedimiento daguerreotípico.

Niepce de Saint-Victor tenía encarnadas las vueltas de su uniforme, y todo procedió de ahí. La grana es muy sensible á la acción de los ácidos, y habiendo manchado las bocamangas del joven oficial unas gotas de vinagre ó de limón, trató de devolverlas su primer lustre con la sal de acedera ó ácido oxálico; pero como este hiciese desaparecer todavía mas el color, nuestro alquimista en embrion comenzó á meditar sobre los matices, las propiedades de los mordientes y la composición de los colores.

Estas reflexiones le condujeron bastante lejos. En 1842, el mariscal Soult, ministro de la Guerra, espidió un decreto mandando que trece regimientos de caballería que usaban cuellos y vueltas de grana, rosa y carmesí, adoptasen el color naranjado; y como una administración sabia y previsora introduce la economía aun en las medidas mas esenciales para el bien del Estado, el ministro aceptó la proposición de un teniente de dragones, de guarnición en Montauban, que ofrecía llevar á cabo la reforma acordada, sin mudar la tela y aun sin descoser las casacas, pasando por los colores suprimidos un cepillo mojado en cierta solución.

Llamado á París, en donde obtuvo el favor de residir un mes á sus expensas, Mr. Niepce de Saint-Victor tuvo el honor de volver anaranjados los cuellos de los uniformes frotándolos con un cepillo á presencia de una comisión especial, y la adopción de aquel método ahorró al tesoro un desembolso de mas de 100,000 francos; no quiso vender su secreto, pero le cedió, y su delicadeza y habilidad le valieron una indemnización de quinientos francos.

Niepce se habia aficionado á las manipulaciones químicas: la memoria de su tío le habia trasmitido el gusto á los ensayos, y deseoso de aumentar la reputación y el buen nombre de su familia, dirigió su actividad hácia la heliografía: en 1846 señaló la influencia singular de los vapores del yodo sobre el color negro, y la tendencia de este cuerpo á fijarse con preferencia en los objetos prominentes. Esta doble observación permitió á Mr. Niepce de Saint-Victor copiar los grabados mas delicados sin alterar el original. En 1847 consiguió caracterizar fenómenos de óptica que no se habian podido ver hasta entonces, y cuya teoría buscó un hombre eminente, Mr. Chevreul, en provecho de la ciencia.

Niepce comprendió la necesidad de acercarse y aun de residir en París para continuar sus trabajos, y en su consecuencia solicitó pasar á la guardia municipal, pero no pudo conseguirlo hasta 1843: dos años le bastaron para justificar con tres descubrimientos sucesivos la ventaja comprada á tanta costa.

Nos resta ahora hablar del tercero.

Segun asegura Mr. de Valicourt, autor justamente aprehendido del *Manual de fotografía*, y confidente de los trabajos de Niepce, este oficial, antes de 1847, se ocupaba en ensayos relativos al descubrimiento de una materia propia para sacar negativos superiores á los del papel, por la transparencia, la igualdad de grueso, el lustre, y la carencia de grano y de fibras. La resolución de este problema era de suma importancia, pues aseguraba el porvenir industrial de la fotografía en papel, despreciada hasta entonces. Naturalmente, los esfuerzos de Niepce tuvieron por objeto el vidrio que reúne todas las condiciones apetecibles: mas para llevar á fijar sobre un vidrio terso un barniz bastante resistente sufrir para lavados y combinarse con sustancias fotogénicas, era preciso sufrir muchos desengaños.

Sin embargo, el mismo año 47, obtuvo clisés sobre vidrio con base de almidón, y poco despues le substituyó la clara de huevo, que forma un barniz muy delgado, que el acónitrato de plata coagula y hace susceptible de recibir bastante bien las sales yoduradas.

Esta invención fué completa, y en el día es de uso común y produce buenos resultados: desde entonces se la ha mejorado en cuanto á las aplicaciones, se la ha hecho mas rápida, y desde 1849, Mr. Le Gray, duplicaba con provecho de los retratos, el poder de los clisés de vidrio, reemplazando en ciertos casos la albumina con el *collodion*.

Es muy interesante observar como se multiplican y encadenan los descubrimientos unos con otros: la invención del algodón, pólvora produjo otra, porque se reconoció que adquiriria la propiedad de disolverse casi instantaneamente y de formar una especie de jarabe mas ó menos viscoso. Como el ether es muy volátil, si se estiende el compuesto sobre una incisión reciente, el ether se evapora y deja un depósito diáfano que seca y une los dos bordes de la incisión. Esto es lo que con el nombre de *colla*, ha reemplazado con ventaja, en la práctica quirúrgica, al tafetan de Inglaterra.

Ese collodion, yodurado con anticipación, le ha estendido Le Gray sobre vidrio plano, combinado luego con el nitrato de plata que le blanquea, y con el empleo de otras preparaciones aceleradoras, se ha llegado á reconocer que los vidrios preparados de ese modo, pueden suministrar imá-

genes negativas casi instantáneas: estos clisés dan pruebas en papel de una finura prodigiosa.

Son tan ligeras y de una flexibilidad de matiz, que son susceptibles de asimilarse á pruebas positivas. Colocado delante de un fondo blanco, el dibujo que contienen vuelve á salir en tintas oscuras, y si se aplica sobre un fondo negro, sale claro: en este último caso, esos *negativos* llegan á ser pruebas positivas.

No describimos, sino que indicamos sucintamente esos procedimientos, omitiendo de intento la mayor parte de las operaciones, porque no es nuestro ánimo formar un manual práctico. Sea como quiera, esos retratos directos, por reflexión, están muy en moda en el día.

Tales son los felices resultados del descubrimiento de Mr. Niepee de Saint-Victor, inventor de los clisés en vidrio; pero su ambición había soñado prodigios mucho mayores.

Sin embargo, tantos esfuerzos no podían quedar sin recompensa. Mr. Niepee recibió de la Sociedad de Fomento, una medalla de 2,000 francos, y su biografía produjo profunda sensación en la Academia de las Ciencias, que admiró las raras cualidades de un hombre que durante veinte y tres años ha satisfecho todas las exigencias del servicio militar, sin retroceder jamás ante los sacrificios que le imponía su afición á las indagaciones científicas.

Su infatigable ardor se había impuesto una tarea reputada por impracticable: sus preocupaciones con respecto al color no le habían abandonado, y soñando en ese objeto, encontró al paso resultados propios para satisfacer una ambición menos elevada. Cuando se refiera en los tiempos futuros, de que modo se han llegado á obtener colores por medio de la acción luminosa, el nombre de Niepee de Saint-Victor, será inscripto el primero.

Estas observaciones son las últimas de que tenemos que ocuparnos para completar la historia de los descubrimientos sucesivos y de los progresos de la heliografía hasta el día. El asunto es de un interés tan general, tan curioso y tan brillante, que se nos disimulará el haber trazado un resumen que en vano se buscaría en otra parte, de todo lo que concierne á una invención de que tanto se habla y que se ha proclamado como la mas hermosa de nuestro siglo.

La última página de esta narración, da como la primera lugar á reflexiones bien tristes: el nombre de Niepee parece predestinado á los sacrificios, las decepciones y las injusticias de la suerte: esa lucha de Niepee de Saint-Victor, nos presenta un hombre de mérito reconocido, siempre acosado por la necesidad, abrumado por desastres que no le era posible reparar, y entregado al aislamiento por la falta de medios de acción: ¿cuándo concluirá el martirologio de los inventores?

Mr. Niepee ha encontrado un medio de obtener los colores por acción luminosa; pero la falta de tiempo y de recursos detuvo hace algunos años el curso de sus experimentos. El inventor, que jamás pudo obtener del Estado dos cosas indispensables, tiempo y pan, con permiso de sus jefes, estableció un laboratorio, en la sala de corrección del cuartel, y allí colocó los aparatos y material indispensables para sus trabajos.

La revolución de febrero invadió el cuartel de los guardias municipales, y después de saquearle le incendió: los muebles y laboratorio de Mr. Niepee quedaron destruidos, pérdida que se calculó en 43,000 francos, y que la república

se negó á indemnizar. Reducido á su escaso haber para los gastos de sus experimentos, vió consumada su ruina, y los interrumpió.

Mas tarde, á fuerza de privaciones, ese hombre animoso, se proporcionó lentamente algunos instrumentos indispensables y volvió á formar un pequeño obrador: en él prosiguió sus trabajos con perseverancia, y el 4 de marzo de 1831, entregaba en el Instituto un paquete sellado, en que se demostraba el primer resultado: después se vió obligado otra vez á interrumpir sus trabajos. Se había hecho el descubrimiento, pero era incompleto porque quedaba por encontrar la fijación de los colores obtenidos. Han faltado tiempo y dinero; mas á pesar de todo los resultados son importantes: el encarnado, amarillo, azul, y oro con sus visos metálicos se han revelado sobre la plancha, preparada de antemano con el auxilio de ciertas sales metálicas, dotadas de la propiedad de dar, por medio de la combustión viva, llamas de diversos colores. Esas sales, combinadas con el yodo, se iluminan, bajo la acción de la luz; con los mismos matices que comunicarían á la llama: resta completar en la aplicación la gradación de los tonos, y fijar, por medio de un agente químico, las tintas, que en el estado actual de las cosas, se desvanecen poco á poco con la mucha luz.

Si Niepee hubiese sido secundado en sus esfuerzos, su descubrimiento tal vez habría llegado á la perfección; pero esas demoras é interrupciones farzadas, pueden serle funestas: porque un periódico de Nueva-York anunció el año pasado que un americano llamado Hill, había obtenido en los Estados Unidos la reproducción de los colores.

Aunque Mr. Niepee, por temor de que se le anticipase alguno, se ha visto obligado á publicar prematuramente el secreto de sus experimentos, antes de haber asegurado el porvenir de la *Niepeochromia* de que es inventor, la Francia, si es justa y equitativa debe, en obsequio á tanto valor y á tan grandes esfuerzos defraudados, conservar un nombre triplemente enlazado con uno de los mas bellos descubrimientos.

En este momento, sin renunciar á sus trabajos sobre el color, Mr. Niepee estudia los medios de aplicar al papel las preparaciones de collodion: se afana tambien en mejorar la lotho-fotografía, nueva aplicación muy curiosa que consiste en reemplazar el dibujo al lápiz, con una prueba heliográfica sobre piedra, de que se sacan pruebas con tinta por el método ordinario: de ese modo la fotografía, que como ya hemos visto, debe su nacimiento á la litografía, la satisfaría su deuda regenerándola.

Se comprende fácilmente que después de efectuar tantas maravillas, la fotografía ha llegado á ser no tan solo objeto de la atención de los artistas y de los sabios, sino el recreo favorito de las personas de la clase mas distinguida de la sociedad.

Este noble é inocente pasatiempo concluye por inspirar una verdadera afición: los colegios y casas de educación, pueden con un daguerreotipo, y en unas cuantas lecciones, proporcionar á la juventud placeres que dejan en pos de sí algo mas que un recuerdo, y un gracioso monumento en lugar de un disgusto.

Diremos para terminar este ya acaso demasiado largo artículo, que la fotografía ha prestado ya y continuará prestando sin duda, grandes servicios á las artes y á las ciencias; pero que, á pesar de los prodigiosos esfuerzos de algunos

artistas para introducir la interpretación ideal en la fotografía sobre papel, que es la que mas confina con el arte, no han conseguido escitar ilusión sino reproduciendo modelos que la inteligencia humana habia ya animado y hecho poeticos.

Las estatuas, los grabados, los dibujos de los maestros, las rocas esculpidas por la mano del Criador, que las ha impreso una fisonomía inmutable y tintas muertas, los desiertos áridos, soledades creadas por las razas que han desaparecido, las ruinas de las edades, los monumentos de la antigüedad ó de los siglos góticos, son únicamente los reproducidos con toda la profundidad de su expresión, con una amplitud de conjunto, y una perfección de detalles que pue-

den desafiar al grabado. Esos escombros de lo pasado, esas ruinas, esos edificios, habian recibido del arte que nos ha legado ese poder ideal que la fotografía ha representado forzosamente.

Pero en cuanto se trata de representar la vida del hombre que piensa, del árbol que murmura, de la nube que pasa, de la yerba que se enreda, del niño que se sonríe y se asusta, y del agua que refleja, el arte vuelve á recobrar su superioridad. Se necesita un alma para referir y pintar las obras de Dios: solo cuando el objeto no se eleva mas allá de las obras de los hombres es cuando busca este mecanismo admirable.

ESTUDIOS LITERARIOS.

LA DAMA BLANCA DE BADEN.

→→→→→

LEYENDA HISTÓRICA (1).

A fines del mes de enero del año de 1852, el gran duque de Baden, Leopoldo, se sintió indispuerto de un ataque de gota, y se vió precisado á guardar cama. Los médicos declararon que la enfermedad no era peligrosa, y que S. A., aunque de edad de sesenta y un años, tenia una constitución robusta, y triunfaria fácilmente del mal; prescribieron en seguida los remedios necesarios y se retiraron, perfectamente tranquilos, prohibiendo que se circulara ninguna clase de boletín respecto á la salud del príncipe, porque no juzgaban oportuno alarmar la población por tan pequeña causa.

Pero, cosa estraña, apenas se propagó la nueva de que el duque Leopoldo estaba en cama, cuando al momento los mas lúgubres presentimientos y los mas siniestros rumores se dejaron sentir en la ciudad; todas las fisonomías revelaban la mayor inquietud, y á despecho del oráculo de Epidauro, todo el mundo se alarmó y todos temblaron por los días de S. A. Los médicos afirmaban una curación rápida, pero se los escuchaba con cierta desconfianza. Indicaban el día preciso en que verían todos el restablecimiento del duque, pero el pueblo suspiraba mirando al cielo, y á mediados del mes de marzo, mas de una señora de la corte preparaba en secreto sus vestidos de luto, como si la muerte del duque fuese irrevocable.

Un joven francés, testigo de estos singulares presentimientos que insultaban con tanta fuerza los pronósticos de la facultad, espresó cierto día su admiración á la baronesa de B..., respetable señora, cuya imaginación no estaba debilitada por la edad, y la que tenia bastante devoción para no ser atea.

Pero á la primera palabra, la baronesa quedó un tanto pensativa, dejó caer sobre sus rodillas la calceta que habia

emprendido con un ardor enteramente nacional, y deteniéndose sobre su interlocutor una mirada de tristeza y asombro á la vez:

—¡Ay! caballero, respondió, nuestros temores están hartos justificados. Ya son tres las veces que la *Dama blanca* se ha presentado en el palacio.

—¿La Dama blanca?

—Si ¿no conocéis esa leyenda?

—No, señora.

—Pues escuchad, dijo la baronesa de B..., volviendo á poner sus agujas en movimiento. Habia en una ocasión...

Pero antes de empezar, la baronesa miró con fijeza á su interlocutor, y observó en sus labios una sonrisa burlona.

—Pero sois francés, le dijo; os mofáis de todo, no quiero contaros la leyenda.

Y bajando la escalera, decia el joven:

—¿Cómo daña la preocupación nacional el libre ejercicio del entendimiento! Esta buena baronesa es una de las mas frescas, de las mas encantadoras imaginaciones, y sin embargo, iba á asesinarme con alguna tenebrosa leyenda local. Esta muger es una discipula del siglo XVIII; le cuesta trabajo creer en Dios, pero cree en el diablo; me hubiera sacado los ojos con sus agujas de hacer calceta, si terminada su relación la hubiera puesto en duda. ¿Por qué me curaría yo de pedir esplicaciones sobre una superstición, á una señora que es demasiado alemana para no ser supersticiosa?

Y nuestro héroe continuó su camino tarareando una canción de su país.

En el ángulo de una calle se dió de frente con uno de sus amigos, natural de Baden, y cursante en la carrera de la diplomacia.

—¡Magnífico! exclamó el incrédulo; ya encontré lo que necesitaba: este debe ser hombre superior á las preocupaciones.

Y despues de los cumplimientos indispensables en este género de entrevistas:

—¿Habeis visto á la Dama blanca? le preguntó bruscamente.

(1) Por estraños que parezcan los pormenores de esta historia, todos los habitantes de Baden atestiguan su autenticidad.

El joven alemán contestó gravemente:

—Yo no la he visto, pero uno de mis tíos, chambelán del duque, la ha encontrado en una galería del palacio.

Nuestro francés quedó completamente confundido.

—¿Cómo! decía en voz baja. ¡Este también da crédito a la leyenda! Pues vale la pena de ser aprendiz de diplomático. ¿Qué aspecto tenía esa temible aparición? añadió sonriéndose.

—¿No habéis visto su retrato?

—¿Cómo! ¿la dama misteriosa ha tenido la precaución de hacerse pintar?

—Si señor, y el duque, que morirá, tuvo la precaución de sacar este retrato del palacio de Baden-Baden, pues temía el verano, cuando habitaba aquella residencia, encontrarse este rostro siniestro. Le ha conducido al guarda-mueble de la corona, ¡Ay! ¡la Dama blanca se venga!

—Hasta otra vista, amigo mío, interrumpió el francés estrechando fuertemente las manos de su interlocutor.

El alemán creyó que semejante demostración quería decir ¡pobre duque! ¡pobre duque! ¡pobre Dama blanca! mientras que en realidad esta expresión era una burla que significaba ¡pobre muchacho!

—Decididamente, murmuraba nuestro joven escéptico, el gran duque faltará a todas las consideraciones que debe a las leyendas de su país, si se pone bueno.

El pensamiento de visitar a un médico de palacio, que él conocía, pareció oportuno al viajero francés. Encontró al doctor sombrío y preocupado.

—¿Cómo va el duque? le preguntó.

—Bastante bien, respondió el médico, y sin embargo...

—Doctor ¿creéis vos también en la Dama blanca?

—No creo en ella, pero esto no impide que los demás crean; el príncipe concluirá por adivinar el secreto de estas simpatías alarmantes que le rodean, y en la disposición en que su ánimo se encuentra, no es necesario más para trastornarle el cerebro. ¡Ah! De buena gana mandaría al diablo a todos estos inventores de sortilegios, y la primera vez que me encontrase en frente del retrato de la Dama blanca, le atravesaría los ojos con mi bastón. Y sin embargo, sería una lástima, porque esta mujer es hermosa.

—¿De veras? dijo el francés?

—¿Cómo! ¿No habéis visto todavía el retrato de la Dama blanca?

—Creo, doctor, que no podría dispensarme de hacer una visita a este cuadro, hasta que no me refiriesen la leyenda.

—¡Oh! la leyenda es absurda, dijo el médico, con el gesto y la sonrisa de un espíritu fuerte, pero el retrato es soberbio. ¡Qué ojos! ¡qué tez! Yo voy a palacio: si queréis os llevaré, y presentaremos nuestros homenajes a la Dama blanca de la casa de Baden.

—Acepto, dijo el francés.

Durante el camino el médico se extendió largamente acerca de la enfermedad del duque Leopoldo. Demostró de una manera perentoria la pusilanimidad de los hijos de Baden; despidió con furiosos argumentos los velos lúgubres que oscurecían el horizonte, y se burló con tal encarnizamiento de la leyenda y de los que creían en ella, que el joven francés concluyó por deducir, que a despecho de su razón y del testimonio de la ciencia, el sabio tenía un poco de miedo de la visión popular.

En el palacio estuvieron separados el espacio de una ho-

ra. El doctor fué a visitar a su ilustre enfermo a quien encontró rodeado de muchos de sus colegas. Se formó una consulta. Antes de ocho días, el gran duque Leopoldo debía poder salir y viajar.

Al reunirse el joven francés con el doctor, éste afectaba una grande alegría.

—Todo marcha bien, exclamó: a despecho de los fantasmas triunfaremos. Ya puedo sin miedo ver el diabólico retrato.

—Me parece prudente que no lleveis el bastón.

—No temais nada, yo desafío a todas las damas blancas del mundo.

Una vez en el guarda-mueble no les fué muy fácil a nuestros dos curiosos lograr que les enseñasen el retrato en cuestión. El gran duque había manifestado tan viva repugnancia por aquella pintura la última vez que la había visto, que inmediatamente se la hizo desaparecer, encerrándola bajo una triple cerradura. Pero en Baden, como en Madrid, no hay cerradura sin llave, llave sin guardian, ni guardian sin entrañas, y fueron tantos y tan lucidos los argumentos del joven francés, que triunfaron de todos los escrúpulos. Abrióse el misterioso armario, y salió de él un retrato que tenía cerca de cuatro pies de altura.

El joven soltó una exclamación y se puso a admirar. Sobre un fondo oscuro y algo ennegrecido por el tiempo, se destacaba una figura de una belleza siniestra; era pálida, y sus labios, de una gracia encantadora, se entreabían, como una flor de púrpura en medio de un ramillete de lirios. Sus cabellos, de un negro azabache estaban peinados y recogidos al gusto del siglo XV.

Sus dos manos, por las que se veían correr venas azules, estaban cruzadas sobre el respaldo de un sillón; su vestido era negro, guarnecido con pieles. Un escudo, en cuya parte superior dos osos sostenían una corona de conde, brillaba en un ángulo del cuadro. Nada más sencillo, ni más severo a la vez que este retrato; pero todo su encanto, ó mejor dicho, todo su horror, consistía en los ojos fijos y penetrantes con que miraba la dama desconocida. Pudiera creerse que el pintor había agujereado el lienzo y colocado una llama verdadera en el espacio de la pupila.

Bajo sus espesas cejas que describían un arco perfecto, un brillo singular é inflexible, parecía que arrojaba horizontalmente rayos que no se podían evitar. Una fuerza magnética atraía de continuo la atención sobre su fuente de mármol que resguardaba aquellas dos lámparas fúnebres. Existía en el museo del Louvre un sombrío retrato de Rafael, que ejercía la misma fascinación. Sus ojos atraen, y sea cualquiera el punto desde donde se le mire, causan pavor aquellas dos centellas inmóviles y penetrantes.

El retrato de la Dama blanca de Baden, debido a algún genio desconocido, ó acaso a uno de esos medianos pintores que tienen en su vida una hora de inspiración sublime, era una obra maestra de altivez, de tristeza, de belleza; pero a medida que se estudiaba su siniestra fisonomía, se descifraba el enigma. Sus labios, tan admirables en este dibujo, parecían animados por el soplo de terrestres pasiones; su ojo, sin una lágrima, y brillante como el acero, tenía su misma dureza; su palidez era un sudario más bien que un velo.

El joven sumergido en un éxtasis de horror, sentía palpar su corazón al aspecto de tan triste y soberana belleza.

La juzgaba ideal como Ofelia, terrible como lady Macbeth, y vacilaba entre el amor y el terror.

El médico, que por su parte había observado con una atención no menos profunda, aunque algo burlesca, el retrato de la Dama blanca, dijo al francés tocándole en el hombro:

—¿Qué os parece?

El joven se estremeció, y procurando disimular su emoción.

—Pienso, respondió, que es una muger admirable; algo pálida, pero cuyos ojos y boca indican que tenía un alma altiva y un corazón ardiente. ¡Cuánta pasión en sus labios! ¡Cuánto no hablan sus miradas!

El doctor sacudió la cabeza.

—¡Bellas frases para una muger pérfida! ¡Basta de arrogancia, amigo mío! Lo que lees en sus ojos es el crimen; lo que admirais en sus labios de escarlata es la sangre vertida. Vuestra heroína es un monstruo. Comprendo que vosotros los franceses cuando no guillotinais á seres de esta especie, los erigís un pedestal, y los decretáis la aureola del genio. Con todo os será difícil poetizar á la Dama blanca.

¿Necesitaremos apuntar que el joven francés escuchaba al doctor con impaciencia? Deseaba ahora con tanto ardor como desconfianza había mostrado antes, la narración de esta famosa leyenda que daba pábulo á tantas preocupaciones en el palacio de Baden.

Sentía un vago interés en conocer á fondo esta lúgubre historia, pues es forzoso confesar que el crimen de que la Dama blanca fuese culpable, era un escitante enérgico para su curiosidad. Tan cierto es que todos, unos mas que otros, nos deleitamos con cuentos horribles que á veces son origen de placeres imaginarios.

El doctor comprendió los deseos de su compañero, y tomándole del brazo:

—No os calenteis la cabeza, amigo mío, le dijo, no hay nada interesante. En dos palabras os contaré la historia.

—¡En dos palabras! exclamó el francés; gracias, doctor, sois muy lacónico y además no os creo desinteresado en esta cuestión para hablar de la Dama blanca como narrador imparcial. Desconfío de vos.

Y soltando el brazo del médico, corrió á casa de la baronesa de B...

La encontró en el mismo sillón, trabajando en la misma media. Cuando ella le apercibió.

—¿Qué os trae por aquí, caballero incrédulo? le dijo.

—El arrepentimiento y la fe, respondió el joven francés, dirigiéndola desde el umbral de la habitación un saludo lleno de humildad y súplica.

La anciana baronesa se sonrió, y mirando de reojo al penitente quedó bastante satisfecha de su compunción; entonces descubriendo una pequeña almohada oculta entre los pliegues de su bata.

—Venid á arrodillaros aquí, y os confesareis. Si haceis acto de contrición os absuelvo.

—¿Y me contareis la leyenda?

—Yo lo creo!

El joven se precipitó á los pies de la baronesa que halagada con tanta vivacidad,

—Así sucedía en otros tiempos, murmuró suspirando. se arrodillaban aquí para contar cuentos y no para oírlos ¡Bah!

este recuerdo es también una leyenda, y no habeis venido para oír mis suspiros.

El joven la enteró de la visita hecha al retrato, de sus impresiones y de su ardiente curiosidad.

La baronesa recogió gravemente su media, sacó de una cajita de máfil un trozo de palo dulce que deslizó entre sus labios, se acomodó en el sillón, tosió un poco, y ajustando los mitones á sus dedos, comenzó de esta manera.

II.

Había en otro tiempo un joven margrave, muy bello, muy sabio y muy bueno. Este joven, como hoy se ven pocos, solo tenía un defecto; una tristeza invencible, una melancolía que no se disipaba nunca. Sus padres, que contemplaban con orgullo el único vástago de su raza, no podían darse cuenta de los deseos que atormentaban el corazón de su hijo.

Pero el margrave nada deseaba ni tenía pasión alguna. Juzgó que todo su amor estaba reducido á la piedad filial, porque jamás hubo un hijo mas sumiso á la voluntad de sus padres, de quienes recibía los consejos con la mayor humildad. Ya veis como tengo razón en decir que este príncipe era decididamente muy extraordinario.

Un día los dos venerables ancianos condujeron á su hijo á un bosque del parque, y allí, en presencia de Dios, y lejos de los importunos cortesanos y lacayos curiosos, trataron de sondear la llaga misteriosa que destruía el corazón del joven, quien se prestó con docilidad á este examen, pero le fué imposible confesar el menor secreto. A cada pregunta el margrave respondía que nada tenía, que bien pronto verían disipado el pesado enojo que le atormentaba, y que solo deseaba y pedía al cielo continuase los tranquilos y serenos días de sus padres.

Un respetuoso beso terminó sus respuestas, y los augustos ancianos después de haber bendecido á su hijo, volvieron al palacio llenos de turbación y conmovidos de un cariño tan ejemplar, y de su perfecta inocencia.

La noche inspiró á los soberanos un nuevo pensamiento para curarle, y cuando fué de día llamaron segunda vez al melancólico margrave.

—Hijo mío, le dijo su padre, hemos convenido en que viajarás. Ignoro los designios de Dios, respecto á nosotros, pero pudiera suceder que fuésemos bien pronto á unirnos con nuestros antepasados en el panteón de la familia, y fueses llamado súbitamente á reinar; preciso es que estés preparado para tan gran acontecimiento. Ahora bien, la tristeza de que eres víctima es una mala disposición para gobernar ¿qué sucederá, hijo mío, cuando veas las cosas al anverso de la naturaleza humana, y del interior de las conciencias? No quiero que seas misántropo, amo mucho á mis vasallos para legarlos un tirano ó un incrédulo; es necesario pensar en curarte. Yo creo que los viajes te distraerán, concluyendo tu instrucción. Así como se conoce uno mal, cuando no se ha mirado en muchos espejos, de la misma manera no comprende al mundo, el que siempre ha estado encerrado en sí mismo. Ve, pues, hijo mío, á estudiar á los hombres en sus diversos países. Eres prudente, no tengo consejos que darte, y te bendigo.

El anciano duque no razonaba mas para ser un simple

príncipe alemán. El remedio era bueno, y el margrave consintió en ensayarle; hizo su equipage con docilidad, sin olvidar un Plutarco y un Séneca donde leía de continuo, limpió la espada que suspendió de la cintura, abrazó afectuosamente á sus padres, se inclinó bajo su bendición y partió.

En el umbral de palacio, la madre, que había seguido á su hijo, le estrechó otra vez entre sus brazos, y reteniendo un instante sobre su corazón, murmuró en sus oídos, esas exhortaciones que brotan siempre del seno maternal multiplicadas por las angustias de la separación.

—Hijo mío, le dijo en voz baja, descarta el corazón de tus viajes cualquiera que sea la ocasión que te incite, acuérdate siempre que un hijo respetuoso debe hacer bendecir su himeneo por sus padres y que un príncipe de la casa de Baden no debe ofrecer su blason en un ramillete.

El margrave sesonrió, abrazó por tres veces á su cariñosa madre, montó á caballo, y salió al galope para dar la vuelta á la Europa.

Estuvo en Francia, en Italia, en España, en todos los países del sol, de la poesía, de las fiestas; pero la alegría de estas privilegiadas regiones, lejos de disipar la tristeza del joven viajero, hacia mas tupido el velo lúgubre que le envolvía. Su corazón repasaba las fronteras, libre é insensible como las había franqueado al principio; en cuanto á su espíritu se enriquecía mas y mas á cada nueva escursión.

El Norte convenia mejor al carácter pensativo del margrave, se dirigió hacia aquellas regiones sombrías, y aquel pálido sol le daba vida y ensanchaba su corazón como no lo lograron los ardientes rayos de Nápoles, Venecia, Madrid y París.

Paseándose un día solo á caballo, el joven príncipe, por los campos de Dinamarca, se extravió, y á pesar de sus esfuerzos para encontrar el camino, como sobreviniese la noche, se aventuró á pedir hospitalidad en un castillo, cuya pintoresca posición á la orilla de un lago, había contemplado algunos momentos antes.

Un anciano mayordomo vino á tomar las bridas del caballo del margrave, por quien supo que se encontraba en el castillo de la condesa Olamunda, joven viuda, que despues de la muerte de su esposo, vivía completamente retirada, sin haberse presentado de nuevo en la corte. El margrave solicitó el honor de ofrecer sus respetos á la condesa, y el ervidor le condujo á una azotea, en donde aquella respiraba el fresco de la tarde sentada entre sus dos niños.

Jamás había visto el margrave una muger tan encantadora como la condesa Olamunda; nunca en sus ensueños había ideado una frente tan pura; unos ojos tan expresivos y unos cabellos tan negros; veía combinadas en una sola persona, dos bellezas tan diferentes como la estremada blancura de las mugeres del Norte, las fogosas miradas y los cabellos de ébano de las del Mediodía; todo este conjunto armonizaba con una languidez y una tristeza seductora, que amortiguaba el exagerado brillo de sus pupilas, y que daban á su palidez un carácter enérgico lleno de pensamientos misteriosos.

No quiero proporcionaros sorpresas, ni lanzarme tampoco en el análisis del sentimiento, porque esto sería escusado para lo que deseais saber. Adivinareis sin tener la penetración de Edipo que el margrave quedó prendado de la condesa Olamunda. ¿Podía suceder otra cosa?

Vos que habeis visto su admirable retrato ¿no comprendéis la violencia con que el corazón de este joven admirador debió súbitamente dilatarse á la vista de tan extraordinaria muger, esparciendo sus perfumes tan encerrados hasta entonces?

Ninguna pasión pudo ser mas rápida y fulminante que esta. Al poner el pie en la azotea, y vislumbrando á los últimos reflejos del ocaso, á la condesa sentada que registraba con su vista los espacios infinitos, el joven margrave sintió que brotaba en él una llama desconocida. Una voz secreta le dijo. «¿Esta es la que tú buscabas!» por medio de una revelación instantánea comprendió que este era el secreto de su tristeza, y que toda su melancolía estribaba en el vacío de su corazón. En lo sucesivo podría vivir.

Se acercó lentamente y con respeto no atreviéndose á interrumpir la meditación profunda que absorbía el pensamiento de la condesa.—¿Ay, se decía el joven margrave, acaso pensará en su esposo!

Y el príncipe se hallaba celoso con aquella idea.

Mis privilegios de narradora me permiten declararos que la condesa se cuidaba tan solo del esposo que la reservaba el porvenir; esta es la ocasión de deciros, sin reticencia, cual era el alma que se consumía en aquel trasparente alabastro, animado por el brillo de los dos mejores ojos del mundo.

La condesa Olamunda era ambiciosa. Descendiente de una familia real, que las revoluciones habían trasplantado lejos del trono, vivía con el incesante pensamiento de realzar su raza, de volver á subir los escalones bajados, y mezclar un día el oro de alguna corona de príncipe con el ébano de sus cabellos.

El conde Olamundo su primer esposo, era un modesto caballero incapaz de comprender la inmensa ambición de su muger, tenía la simplicidad de creer que una buena fortuna, con dos hermosos niños, y una conciencia tranquila, era una posición suficiente para vivir contento en Dinamarca como en cualquiera otra parte.

Despues de haber sufrido diez años de desengaños que la ocasionaba su esposo, tan poco á propósito para ayudarla en su obra, la condesa Olamunda había quedado viuda. No afirmo que el difunto fuese llorado; murió además tan á tiempo, que las almas desconfiadas hubieran podido acusar de esta coincidencia á alguna persona, mas bien que á la casualidad, pero la buena reputación de la condesa, y la delicada salud del conde, mucho tiempo hacia, fueron en Dinamarca razones plausibles, que alejaron las sospechas, si es que puede admitirse que hubo algunas con motivo de tal suceso. Sea lo que fuere, llorado ó no llorado, á el conde Olamundo se le tributaron grandiosas exequias, y se le erigió un gigantesco cenotafio de mármol con una inscripción latina; y si es cierto que la muerte no es mas que la vida humana vista al revés, el difunto debió convenir, gozando en un monumento tan magnífico, que había algo de sublime en las pretensiones ambiciosas de su muger.

La condesa Olamunda, consideraba la viudez como una transición entre el tiempo perdido en su primer himeneo, y las esperanzas del segundo.

Así, la noche que el margrave fué á implorar hospitalidad, la bella condesa estaba sumergida en una contemplación ardiente, y buscaba su estrella al través de las nubes. Vuelta de su parasismo por la llegada del extranjero,

vió sin dolor, ó mejor dicho, con un estremecimiento de alegría y de orgullo, al jóven respetuosamente inclinado, y oyó con el mas vivo placer su nombre y sus cualidades. La condesa arrojó sobre el margrave una mirada rápida, y satisfecha de su exámen, asomó á sus labios la sonrisa mas fascinadora que ha podido idealizar un poeta.

Esta era una buena ocasion para éntonar una de ésbellas árias que tanto gustan á la juventud, pero mis dedos se han arrugado haciendo media y pulsarian mial esta cuerda encantadora: que vuestra imaginacion venga en auxilio de mi estéril corazon. Representaos esta bella noche, este terrado, á la condesa Olamunda con los ojos que ya la conocéis, y las ambiciones que la agitan, al jóven margrave con su candor y sencillez: pensad en los entretenimientos sublunares de Romeo y Julieta; evocad las graciosas fantasmas que el soplo de la noche lleva á pasear en las azoteas de los castillos, á la orilla de los lagos, y supliréis sin trabajo la elegia que yo me dispengo hacer.

Basteos saber que el margrave fué tan bien recibido en el castillo de la condesa Olamunda, que volvió al otro dia y los siguientes, y que quince dias despues el margrave y la bella viuda se columpiaban con el pensamiento en las mismas regiones ideales, y en el mismo carro alado. Pero al paso que se desarrollaba la intimidad entre ellos, se apoderaba del corazon del jóven príncipe uno de esos sentimientos que no concluyen sino con la muerte, observándose en sus ojos esa alegría propia de las primeras ilusiones del amor, que tanto sonrien en la vida. El sentimiento de la condesa por el contrario, era una llama que destruía sus facciones, reflejándose con siniestros destellos en las órbitas de sus ojos.

Una tarde que se hallaban solos en el terrado, el margrave la anunció su próxima partida, pintándola en términos los mas tiernos sus pesares y sus esperanzas.

—He tenido un sueño delicioso, señora, la dijo al concluir, y si estuviera en mi mano realizarlo, Dios me es testigo que el mejor dia de mi vida seria aquel en que os condujese, siendo mi esposa, al palacio de mis padres.

Los ojos de la condesa Olamunda lanzaron chispas, su labio se estremeció:

—¿Y quién puede impediros la realizacion de tan delicioso sueño? respondió ella con lúgubre energía.

—¡Ay! repuso el margrave, *existen cuatro ojos que se oponen á esta felicidad*, y mientras esas cuatro pupilas reflejen el azul del cielo, nuestra union será imposible.

—¿Y si esos ojos importunos se apagasen? preguntó la condesa con una turbacion terrible, y voz entrecortada.

—Si esos cuatro ojos se cerrasen, repuso el margrave con tristeza, seriais mi esposa.

—Seré la duquesa de Baden, prorumpió la condesa Olamunda con una alegría salvaje.

El príncipe la miró con sorpresa, intentó descubrir lo que pasaba en aquel corazon tenebroso, pero encontrando una esplicacion á medida de sus deseos.

—¡Si, condesa, la dijo con voz enmudecida y besándola la mano, si, seriais la duquesa de Baden! Adios, volveré pronto... tengo fé y valor.

El margrave salió, y la condesa inclinada sobre el terrado, le seguía de lejos con lúgubres miradas. Cuando desapareció enteramente entre el polvo del camino. La condesa Olamunda se levantó tan blanca como un espectro.

—Seré duquesa de Baden, repetía con fiereza, cruzando

los brazos sobre el pecho; pero antes de este placer....

Habiéndola traído en aquel momento sus dos hijos para darla las buenas noches, la condesa rechazó con horror á las dos inocentes criaturas.

—¿Por qué no duermen ya? dijo con violencia, ¿por qué estas cuatro pupilas tan brillantes, tan abiertas á estas horas? ¡qué se cierren! ¡qué se apaguen! no quiero verlos mas.

Y agitando sus brazos como si quisiese desembarazarse de las serpientes que la mordian, se alejó del terrado y anduvo errante toda la noche por las habitaciones del castillo. Es probable que no fuese á visitar en todas sus escursiones al lecho marmóreo del conde Olamundo.

Pasados dos meses el margrave de Baden volvió á Dinamarca. Traía una buena noticia, y su caballo no andaba tan ligero como él queria en su impaciencia. Habíase trasformado completamente de soñoliento misántropo en caballero encantador y robusto. La dicha habia ensanchado su frente, aclarado sus ojos, y la esperanza desbordaba en sus miradas.

En la última aldea que precedía al castillo de la condesa, el jóven viagero hizo alto para ocuparse de sí mismo. Tenia tanta alegría, que en el momento de llegar vacilaba entre el temor de su dicha. Erán tantas las cosas que se le ocurrian para la condesa, que le fué preciso ordenar sus ideas: dejó su polvoroso vestido de viage, y adornándose como para unos esponsales, se volvió á poner en camino con tal palpitacion de corazon, que se veía en la necesidad de detenerse frecuentemente por temor de ahogarse.

A una legua del castillo el margrave encontró al anciano mayordomo que le tuvo la brida del caballo la noche de su primera visita: vestía de luto, caminaba con la frente inclinada, llevando un lio en sus brazos.

—Eh, buen hombre, ¿dónde vais así? preguntó el viagero, que se alarmó del trage y del lúgubre rostro del antiguo servidor.

El mayordomo alzó la cabeza, reconoció al margrave y se puso pálido, pero no respondió; como el jóven insistiese preguntando por la condesa, murmuró:

—Señor, la condesa os espera.

Y sin añadir una sola palabra continuó su camino, dando un profundo suspiro.

—Es extraño, se dijo el margrave sobrecogido de un presentimiento lúgubre. ¿Habrá sucedido alguna desgracia en el castillo?

Habiendo pasado por una posada se apeó, hizo dar un pienso á su caballo y se propuso interrogar al posadero.

A la primera palabra se estremeció éste, miró fijamente al viagero y respondió:

—Vos sois á quien se espera en el castillo; ¡no teneis necesidad de deteneros tan cerca de vuestro término! Y con una vivacidad donde se veía impreso un terror supersticioso, el posadero retiró el caballo del pesebre, le puso en sus manos la brida y cerró la puerta, sin responder al margrave que le llamaba para pagarle.

Esta vez el jóven príncipe se sintió poseído de terror, y partió al galope. A poco llegó al castillo, cuyas puertas estaban abiertas. Dos muchachos de la aldea que estaban sentados en el borde del foso, al oír el ruido del caballo se levantaron y echaron á correr dando gritos, como si se les acercase una vision siniestra.

El margrave ganó la puerta de un salto é hizo salir chis-

pas de las herraduras de su caballo, que ató por sí mismo á un anillo de la puerta. El patio y el vestibulo estaban desiertos. El margrave subió la escalera que conducía á la cámara de la condesa, no sin temor de tropezar con un féretro. La muerte se extendía tan visiblemente sobre aquella casa, trocada en sepulcro, que el príncipe creía ya encontrar á su amada envuelta en los pliegues de una mortaja. En el último escalon se detuvo, apoyó sus manos contra el corazon para comprimir sus latidos, dirigió una corta oración al Altísimo, y penetró en la habitación de la viuda.

Después de atravesar muchas salas tan abandonadas unas como otras, llegó á una mas retirada, donde oyó un gemido que le hizo conmovérsele. La condesa Olamunda, encogida mas bien que sentada en un gran sillón, con las manos en los cabellos, la vista fija delante de ella, parecía concentrada en uno de esos dolores feroces é insensatos, que revelan sentimientos sobrehumanos ó los mas vivos remordimientos. Una oscuridad casi completa reinaba en aquella estancia: las cortinas estaban echadas y las ventanas entreabiertas. Al oír los pasos en el pavimento, la condesa alzó la cabeza.

—¿Quién está ahí? preguntó con voz tan turbada que apenas pudo reconocer el margrave.

El príncipe se adelantó entonces hasta la condesa, y tomando sus manos cubiertas de un frío sudor, doblegó las rodillas con una piedad llena de unción, y prorumpió dulcemente:

—¡Salud á la duquesa de Baden!

La condesa lanzó un grito, se arrojó sobre las cortinas, que descorre, abre bruscamente las hojas de la ventana, y reconociendo á la ráfaga de la luz al que esperaba por tan largo tiempo, se precipita sobre él, y oprimiéndole con violencia, murmuró:

—¡Eres tú!... ¡qué tarde vienes!

El príncipe se sorprendió al ver el cambio que habían experimentado las facciones de la condesa. Sus órbitas se habían hundido: tenía una palidez cadavérica, y una llama sinistra vacilaba en sus ojos.

—¿Qué teneis, señora, exclamó, sufris?

—No es nada, dijo prorumpiendo en una carcajada que resonó en las desiertas habitaciones: te habia esperado y creia que no volvieses ya; ¡pero ya estás aquí! ¡Oh! ¡olvidaré todo!

—¿Cómo tan sola, condesa?

—¿Lo crees? temia, sin embargo, oír volver á alguno.

—¿Qué ha sucedido en el castillo? ¿por qué tanto abandono?

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿No lo sabes ya? ¡Ah! yo te lo diré en el camino; pero huyamos, huyamos, vienes á buscarme ¿no es eso? Soy tu prometida: nada se opone á que sea tu esposa: los ojos celosos que te causaban pavor e han apagado.

—¡Bendito sea Dios, condesa! interrumpió vivamente el margrave: esas cuatro pupilas reflejan todavía la luz del cielo, pero han sonreído accediendo á mis mas caros votos.

—¿Qué dices? Esos ojos, esos fanales, esos cuatro párpados, ¿viven aun? ¿Los has visto?

—¿Por qué esa turbación, ese extravío?

—¡Oh! ¡Estoy bien segura de haberlos visto cerrarse para siempre!

—¿Qué decis? ¡Dios mío!

—¡Nada, partamos! Toda mi servidumbre sabia que iba á marcharme y me ha abandonado. Vamos, vamos, tu caballo piafa de impaciencia, me llevarás en la grupa.

Y la condesa con una violencia que revelaba sus lúgubres terrores, arrastraba al margrave. Este último, seducido, fascinado, cediendo á una especie de frialdad que reemplazaba á su anterior confianza, se dejaba conducir; halló su caballo á la puerta, cogió á la condesa en sus brazos y montó á caballo.

En el momento de recoger la brida le ocurrió una idea.

—Olvidamos á vuestros hijos, señora ¿dónde están?

La condesa estrechó el brazo del margrave, le miró con ojos espantados y dejó caer su temblorosa mano en sus hombros. El príncipe renovó su pregunta, y ella respondió con una especie de silbido oprimiendo los dientes:

—¿Me preguntas por mis hijos? ¡Pues no me has dicho que sus ojos no podían contemplar nuestra dicha?

—Eran los ojos de mis padres á los que yo temia, no á los de vuestros hijos, señora... Mis padres han consentido en nuestro matrimonio... y...

La condesa le interrumpió arrojando un grito espantoso.

—¡Mientes! exclamó con delirio, ¡mientes, es imposible! ¡Yo no hubiera sido sin motivo madre sacrilega y desnaturalizada!

El margrave lo comprendió todo.

Separó sus brazos con horror. La condesa cayó en tierra; pero levantándose al momento se asió á la silla, al estribo, á las manos del príncipe, lanzando entrecortados suspiros.

En cuanto á él, glacial, terrible, no hallando una palabra, un grito, en el espantoso dolor de su alma, inflexible como la maldición de Dios, pálido como un espectro, rechazó con el pie á la infanticida, que se entró rugiendo en el castillo: después, haciendo brotar la sangre de su caballo al impulso de sus espuelas, franqueó la puerta á todo escape...

El camino daba la vuelta alrededor del castillo: al pasar á galope cerca del lago, el margrave apercibió á la condesa inclinada fuera del terrado: la brisa le llevó estas palabras dirigidas con toda la energía de la desesperación:

—¡Margrave de Baden, existe á pesar tuyo un pacto de sangre entre tu raza y la mía! ¡Soy tuya hasta la eternidad!

Después se vió á la condesa estender los brazos y arrojarse: las aguas del lago se agitaron, el príncipe dió un grito y quiso acudir en su auxilio, pero creyó que no debía disputar la criminal al juicio del Altísimo.

El margrave se restituyó al ducado de Baden, donde algunos meses después murió de tristeza. El remordimiento del crimen de que estaba inocente le socababa, y le condujo á la tumba; por una extraña fantasía, quiso tener en su cámara, cerca del lecho, el retrato de la condesa Olamunda, y se envió á buscar á Dinamarca el cuadro magnífico que habeis admirado. Algunos días antes de su muerte, el joven margrave afirmaba haber visto á la condesa: sus padres, llorando, quisieron persuadirle de que eso seria una alucinación de la fiebre, pero él persistió y dijo á su anciano padre que trataba de convencerle:

—¡Vd. la verá también, padre mío!

En efecto, cuando el anciano duque falleció algunos años después de su hijo, afirmó igualmente haber visto en el palacio la fantasma de la condesa Olamunda. Desde entonces es una tradición para la casa de Baden, que cuando un príncipe de la sangre va á morir, la Dama blanca se le aparece; y no dudareis desde ahora de la realidad de nuestros presentimientos, añadió la baronesa, cuando sepais que la condesa Olamunda ha sido vista tres veces desde la enfermedad de su alteza Leopoldo...

III.

Concluida su relación, la baronesa de B... desenrolló su media, puso las agujas en movimiento y observó las impresiones del joven francés. Como éste no decía nada, la baronesa le preguntó en qué pensaba.

—Busco la moralidad de este cuento, contestó.

—¡Miren el escéptico! respondió ella riéndose, toma nuestra historia nacional por una imitación de Barba Azul.

—Nada de eso, señora, yo sé que todos los palacios reales tienen estos buhos en sus cornisas, y que durante ciertas noches estos lúgubres pájaros agitan sus alas en los grandes salones. En Francia es el enano rojo de las Tulle-rías; en Prusia la barrendera; en Noruega...

—Basta, basta, exclamó la baronesa, cuyo patriotismo se

había resentido, pues daba mucha fé á la originalidad de las leyendas de Baden, para consentir en verlas confundidas con otras supersticiones del mismo género.

El joven francés se calló, y después de haberla dado las gracias, habló de otras cosas. Con todo, en el momento de despedirse de la baronesa, se acercó á ella y la dijo besándola la mano:

—He encontrado la moralidad de vuestra leyenda.

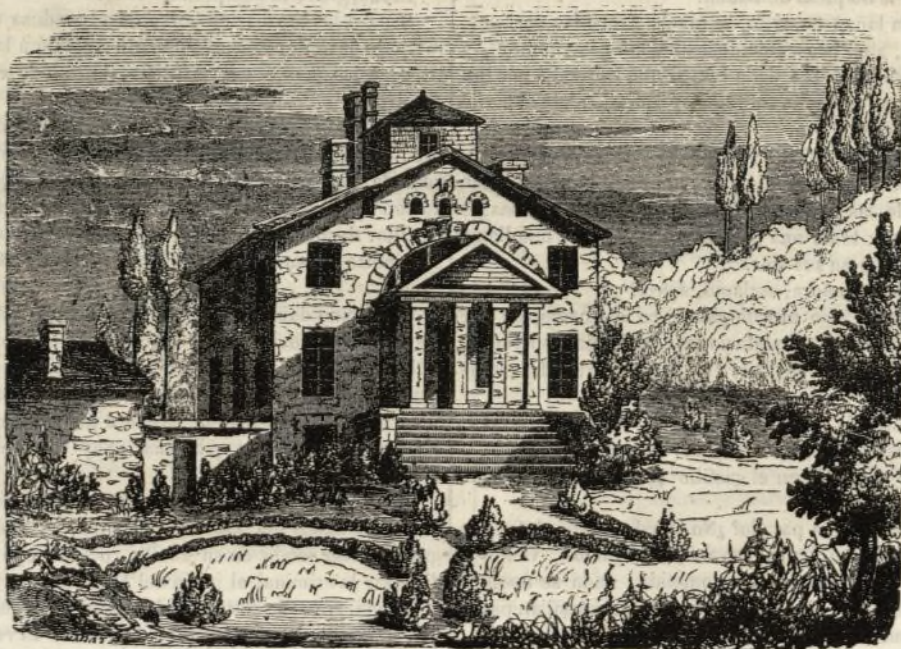
La baronesa de B. se encogió de hombros.

—¡Veamos vuestro descubrimiento!

—Vuestro cuento demuestra claramente, que los jóvenes se esponen á los mas grandes peligros cuando tratan de desposarse con viudas que tienen hijos.

La baronesa le volvió la espalda y se indispuso con él durante tres dias. Al cabo de este tiempo consintió en perdonarle, bajo su protesta solemne de que creía firmemente en la aparición de la condesa Olamunda. Esta declaración no era mas que un cumplimento hecho á la hospitalidad, y nosotros debemos confesar que el francés regresó á su patria tan poco fanático como había salido.

En cuanto al gran duque Leopoldo, era demasiado buen alemán para dejar desairada la leyenda nacional; así es que murió puntualmente á fines de abril de 1832 (como anunciaron todos los periódicos), á despecho de los pronósticos facultativos, y para mayor gloria de la Dama blanca de Baden.



FIN DEL TOMO ONCE.

INDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTORICOS.

- EL JUDIO SAMUEL BEN'ADIA, por don Francisco Javier Simonet, pág. 2.
 LA BATALLA DE PAVIA, por don F. F. Villabrille, pág. 9.
 DISCURSO leído por don Modesto Lafuente en su recepcion de la Academia de la Historia, pág. 28.
 MANGORA (leyenda histórica), por don A. Magariños Cervantes, págs. 33, 70, 87 y 404.
 EL GRAN TEODOSIO, por don F. F. Villabrille, pág. 37.
 DON JAIME EL CONQUISTADOR, por don F. F. Villabrille, pág. 400.
 OCHO DIAS DE REINADO, ó la verdadera historia de Masaniello, págs. 124, 143, 174, 193 y 219.
 FONSECA Y LOS MEDINENSES, el 21 de agosto de 1520, por don Saturnino Gonzalez y Reguera, pág. 456.
 ARMAS DE LOS GERMANES, pág. 482.
 EL PRIMER REY DE LOS GODO, por don F. F. Villabrille, pág. 204.
 EL CAPITAN SAAVEDRA, por don F. F. Villabrille, pág. 247.
 LA BATALLA DEL SALADO, por don F. F. Villabrille, pág. 263.

ESTUDIOS DE VIAGES.

- ORIGEN DEL CAFÉ Y SU USO EN ORIENTE, pág. 10.
 PADUA, por el conde de Fabraquer, página 47.
 EL CASTILLO DE HAM Y SUS PRISIONEROS, pág. 20.
 NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, por don G. M. y G. de la I., pág. 40.
 DE BRUSELAS Á AMBERES, pág. 46.
 LONDRES Y LOS INGLESES, págs. 66, 75, 444 y 457.

- EL PALACIO DUCAL DE NEVERS, pág. 89.
 SEDAN, pág. 403.

- UN VALLE DE GALICIA, por don Antonio Neira de Mosquera, pág. 455.
 RECUERDOS DE AQUISGRAN.—Historia de una tuerda, de un jugador y de un banquero, etc., pág. 209.
 LAS PROVINCIAS DANUBIANAS, pág. 241.
 REGRESO DE CRISTOBAL COLON, pág. 253.

ESTUDIOS MORALES Y RELIGIOSOS.

- UNA BOTELLA DE VINO DE MÁLAGA, página 58.
 LA RESURRECCION, por don F. Bello, página 50.
 LA CIENCIA EN FAMILIA, pág. 450.
 LA HUERFANITA DE RIVADEO, por don I. A. Bermejo, pág. 461.
 LA TORMENTA, pág. 477.
 SOLA EN EL MUNDO, por don I. A. Bermejo, pág. 483.
 SOBRE LA RELIGION y las divinidades de la China, pág. 487.
 MI VISION EN LA FUENTE, pág. 203.
 MI CEMENTERIO, por don M. de Góngora, pág. 257.
 UN PRESENTIMIENTO, pág. 243.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

- HISTORIA DEL VIDRIO Y DE SUS USOS, por don P. G., pág. 82.
 HISTORIA DEL DAGUERREOTIPO Y DE LA FOTOGRAFIA, págs. 178 y 282.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

- EL ESQUELETO DE LOS CARNEROS, pág. 429.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

- EL RENACIMIENTO, pág. 237.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

- EL HOMBRE ILUSTRE, por don J. M. Perez Teran, pág. 6.
 EL SALTO DE SANTIAGO, por don B. Vico, pág. 43.
 ORGANO GATUNO, pág. 46.
 DOS CUADROS Y UNA BALADA, pág. 53.
 EL CONDE EVERARDO EL PENDENCIERO, página 53.
 MIRABEAU, MERCIER Y LAVATER, pág. 50.
 SAN BERNARDO DE ALCIRA, por don Joaquín Ferrandis, pág. 54.
 EL PALACIO DE MONTSABREY, novela, páginas 59, 90 y 406.
 HISTORIA DE UNA ESTAMPA, por don F. V., pág. 97.
 INCONVENIENTES DEL BASTON, pág. 444.
 VARIEDADES, pág. 467.
 ESTUDIOS DE MUGERES, pág. 203.
 PARIS Á VISTA DE HISTORIA, desde su origen hasta nuestros dias, por don Luis Berger, pág. 229.
 LA VEJEZ DE LOMNIKY-BUD-CE, pág. 263.

ESTUDIOS LITERARIOS.

- FÁBULAS DE LESSING, pág. 487.
 LA DAMA BLANCA DE BADEN, pág. 288.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

- CÁRLOS LEBRUN, pág. 2.
 EL CONDE ALFREDO DE ORSAY, pág. 23.

HISTORIA NATURAL.

- FLORESCENCIA DEL ALOE, pág. 7.
 JUAN JACOBO AUDUBON, pág. 238.
 HISTORIA DE UNA DALIA, pág. 268.

INDICE POR ORDEN ALFABÉTICO.

- | | | |
|--|---|--|
| <p>ARMAS DE LOS GERMANES, pág. 182.
 BATALLA DE PAVIA (la), por don F. F. Villabril, pág. 9.
 BATALLA DEL SALADO (la), por don F. Fernandez Villabril, pág. 263.
 CAPITAN SAAVEDRA (el), por don F. F. Villabril, pág. 217.
 CARLOS LEBRUN, pág. 2.
 CASTILLO DE HAM (el) y sus prisioneros, pág. 20.
 CIENCIA EN FAMILIA (la), pág. 450.
 CEMENTERIO (mi), por don M. de Góngora, pág. 257.
 CONDE EVERARDO (el), el Pendenciero, pág. 53.
 CONDE ALFREDO DE ORSAY (el), pág. 25.
 DAMA BLANCA DE BADEN (la), pág. 288.
 DE BRUSELAS A AMBERES, pág. 46.
 DISCURSO leído por don Modesto Lafuente en su recepción de la Academia de la Historia, pág. 28.
 DOS CUADROS Y UNA BALADA, pág. 53.
 ESQUILEO DE LOS CARNEROS (el), pág. 129.
 ESTUDIOS DE MUGERES, pág. 205.
 FÁBULAS DE LESSING, pág. 187.
 FLORESCENCIA DEL ALOE, pág. 7.
 FONSECA Y LOS MEDINENSES, el 21 de agosto de 1520, por don Saturnino Gonzalez y Reguera, pág. 456.
 GRAN TEODOSIO (el), por don F. F. Villabril, pág. 57.</p> | <p>HISTORIA DEL VIDRIO Y DE SUS USOS, por don P. G., pág. 82.
 HISTORIA DEL DAGUERREOTIPO Y DE LA FOTOGRAFIA, pág. 178.
 HISTORIA DE UNA ESTAMPA, pág. 97.
 HISTORIA DE UNA DALIA, pág. 268.
 HOMBRE ILUSTRE (el), por don J. M. Perez Teran, pág. 6.
 HUERFANITA DE RIVADEO, por don I. A. Bermejo, pág. 161.
 INCONVENIENTES DEL BASTON, pág. 111.
 JAIME EL CONQUISTADOR (don), por don F. F. Villabril, pág. 100.
 JUAN JACOBO AUDUBON, pág. 258.
 JUDIO SAMUEL BEN'ADIA, por don F. Javier Simonet, pág. 2.
 LONDRES Y LOS INGLESES, págs. 66, 75, 114 y 157.
 MANGORA, (leyenda histórica) por don A. Magariños Cervantes, págs. 53, 70, 87 y 101.
 MIRABEAU, MERCIER Y LAVATER, pág. 50.
 NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, pág. 40.
 OCHO DIAS DE REINADO, ó la verdadera historia de Masaniello, págs. 121, 143, 171, 195 y 219.
 ORIGEN DEL CAFÉ Y SU USO EN ORIENTE, pág. 10.
 ORGANO GATUNO, pág. 16.
 PALACIO DE MONTSABREY (el), págs. 59, 90 y 106.</p> | <p>PALACIO DUCAL DE NEVERS, pág. 89.
 PADUA, por el conde de Fabraquer, página 17.
 PARÍS A VISTA DE HISTORIA, desde su origen hasta nuestros dias, por don Luis Berger, pág. 229.
 PRESENTIMIENTO (un), pág. 245.
 PRIMER REY DE LOS GODOB (el), por don F. F. Villabril, pág. 201.
 PROVINCIAS DANUBIANAS (las), pág. 244.
 RECUERDOS DE AQUISGRAN. Historia de una cuerda, de un jugador y de un banquero, etc., pág. 209.
 REGRESO DE CRISTÓBAL COLON, pág. 235.
 RENACIMIENTO (el), pág. 257.
 RESURRECCION (la), por don F. Bello, página 50.
 SALTO DE SANTIAGO (el), por don B. Vico, pág. 15.
 SAN BERNARDO DE ALCIRA, por don Joaquín Ferrandis, pág. 51.
 SEDAN, pág. 105.
 SOBRE LA RELIGION y las divinidades de la China, pág. 187.
 SOLA EN EL MUNDO, pág. 185.
 TORMENTA (la), pág. 177.
 UNA BOTELLA DE VINO DE MÁLAGA, pág. 38.
 VALLE DE GALICIA (un), por don Antonio Neira de Mosquera, pág. 155.
 VEJEZ DE LOMNIKY-BUD-CE (la), pág. 265.
 VISION DE LA FUENTE (mi), pág. 203.</p> |
|--|---|--|

